

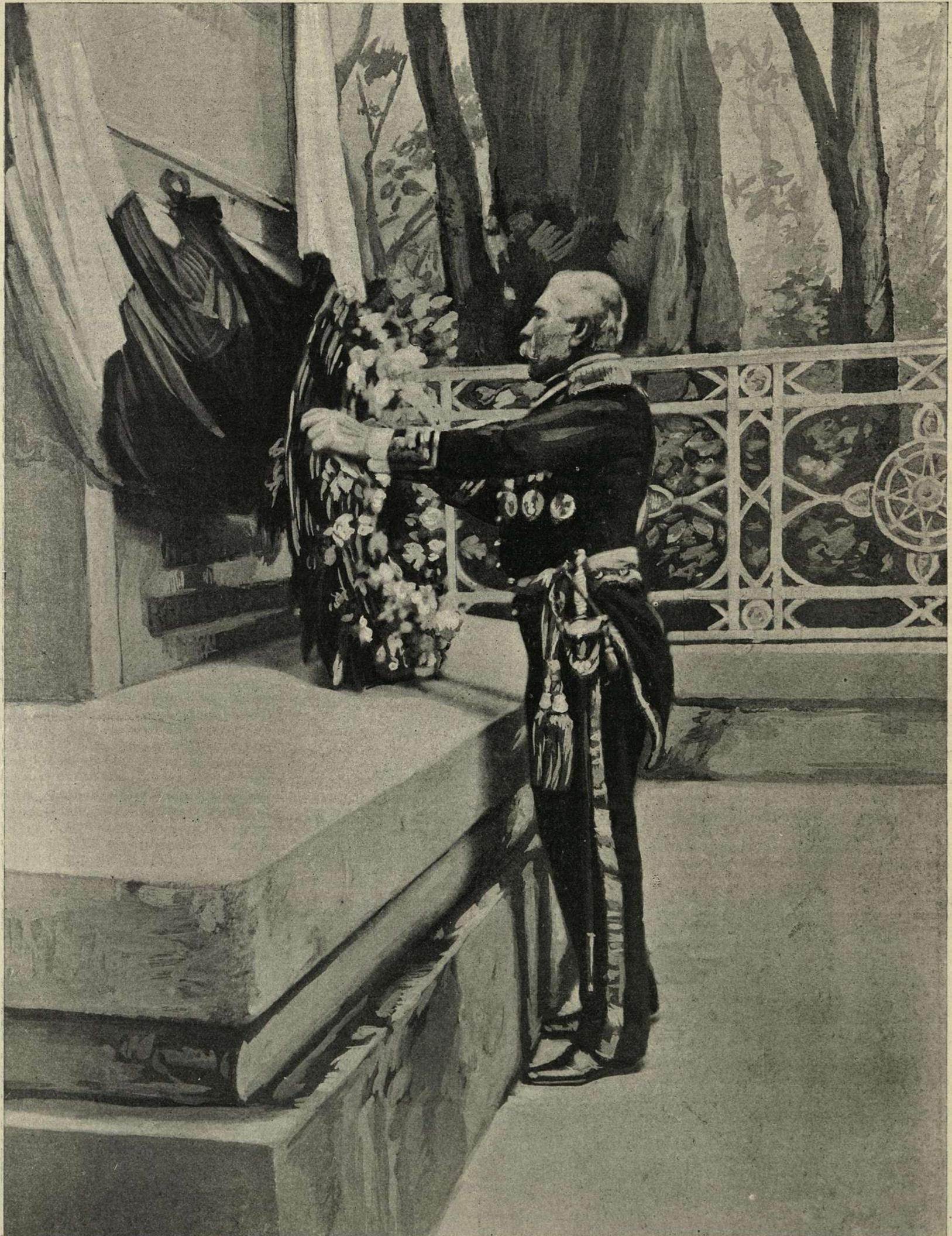
EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, SEPTIEMBRE 11 DE 1898

NUMERO 11

LA CEREMONIA DEL 8 DE SEPTIEMBRE EN CHAPULTEPEC



EL SR. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
depositando una corona en el monumento á los alumnos del Colegio Militar que murieron por la Patria.

LA SEMANA

Desde que Pascal escribió su definición del talento, es muy fácil comprender el éxito de los laboriosos.

Nada más merecido que ese ascenso triunfal de los artistas de la Compañía de Opera,—artistas podemos llamarlos ya, para hacerles justicia,—que han adquirido una reputación con las cuatro de «La Vida de Bohemia.»

Irreprochables? Tanto así no; pero nadie les negará una fuerza artística capaz de la interpretación más plausible dentro de sus medios. El público y la prensa han sido exigentes; querían que la obra de Puccini satisficiera en su nueva presentación, no como mera reminiscencia de impresiones vivas aún, y los artistas han hecho más que agradar, han obtenido ovaciones.

No podía cerrar mejor la temporada. Los aplausos del jueves prometen la creación definitiva de un núcleo artístico. Los que ayer triunfaron llevan alientos para seguir una ruta que ya no tiene obstáculos, porque todos les dicen: ¡adelante!

Estoy por decir que Mürger reconocería acaso la Bohemia que él vivió, en la que hicieron Torres Ovando (un Colline que me ha simpatizado extraordinariamente) y sus tres compañeros de fingidos infortunios y de triunfos reales.

El oro de los escudos de Schaubard suena alegremente en las cartas que escribía á sus íntimos el novelista bohemio, cada vez que llamaba á su puerta la fortuna. Han pasado á mi vista entre otras, ésta que escribió á León Noël con motivo de un epitalamio dirigido á la hija del Czar y que Tolstoi hizo pagar espléndidamente á Mürger:

«Carísimos! Decididamente, Eva hizo muy bien en comerse la manzana y Voltaire acierta cuando dice que *todo está bien como está.*»

Creo que no suprimiría ni una jota á este axioma aún cuando lo tuviera delante de los ojos.

Me preguntará á donde conduce este exordio. Pues... naturalmente conduce á una conclusión magnífica, amigo mío, á un *final dorado*. Figúrate que si no te envío esta carta con un mensajero de librea, es sólo porque vives muy cerca,—treinta leguas!—no valdría la pena; por lo demás, mis recursos lo permiten, nado en un río de oro, en un océano de monedas de cincuenta céntimos. Es una lluvia, una verdadera lluvia de bustos de monarcas y de reinas de todos los países y de todos los perfiles; me lavo las manos en el Pactolo y... con jabón de almendras.

Tengo guantes multicolores, levitas *idem* y pantalones *itou*. Los poetas mienten cuando afirman que la vida es sombría y triste. Es que no la conocen esos gemidores de *misere-nobis*; ni aún sospechan la existencia de una multitud de voluptuosidades que saboreo en estos momentos; no han comprendido jamás todo el placer con que nos regala un cochero de fiacre que pide una propina; ignoran que hay perfumes exquisitos en un cigarro habano y resplandores en la bugía del sol y armonías en el rechinado de unos zapatos nuevos y charolados. Y bien, todo esto lo siento, lo veo, lo oigo.

No me reconocerías si me vieras. Aquel flamenco burdo que era yo ha desaparecido, se ha hecho polvo. con su vieja levita y sus botas claveteadas. *Ha muerto buho para resucitar fénix.* ¡Qué hermoso verso latino se haría con esa metemecosis, estoy seguro!

Juzga de mi júbilo cuando recibí la descomunal noticia; temblé desde mi *difunta* corbata hasta mis *difuntos* zapatos. Corrí á cobrar el giro en casa de Roschild; de ahí á la librería; luego á ver al sastre; en seguida al restaurant; después al teatro y al café, y por último volví á mi casa, hundiéndome entre sábanas nuevas y una atmósfera perfumada para soñar que era Emperador Marroquí y que iba á casarme con la Tesorería del Banco de Francia. Esta es mi existencia.»

Y era la de todos aquellos jóvenes que daban esperanzas, realizándolas á veces; pero que por abandono y timidez, por ignorancia de la vida práctica, creían que la creación de la obra artística es el fin de la tarea y se sentaban imaginando que la admiración pública y la fortuna vendrían á buscarlos escalando la ventana de su bohardilla.

Vivían como al margen de la sociedad, en el aislamiento y la inercia.

Petrificados en el arte tomaban en toda su exactitud literal los símbolos del ditirambo académico, que corona la frente de los poetas.

Quién hablaba así de los bohemios? Uno de ellos que ha dicho: «Para esos cándidos, el arte consiste en divinizarse mutuamente y tenderse á lo largo mientras llega la hora de que los pedestales surjan bajo sus pies»....

A la vez que un militarismo ruinoso y agresivo provoca en el antiguo continente la tentativa de desarme, iniciada por Nicolás II, México aprende de la modesta y fecunda labor de cuatro lustros, á cimentar democráticamente en la concordia del industrialismo la estabilidad social.

El plantel militar y técnico de Chapultepec forma el tipo del soldado liberal que continúa la tradición de nuestros héroes, militares por patriotismo y ciudadanos por instinto.

La educación práctica inspirada en el amor del progreso, lleva á nuestros jóvenes cadetes á la comunidad de aspiraciones con el pueblo; no pretenderán jamás repudiar la libertad porque saben amarla y han sentido sus divinos entusiasmos.

Robustecen su espíritu en una religión,—la del patriotismo heroico que cubren con su follaje los centenarios ahuehuetes.

La diafanidad de nuestro cielo se ha opacado en estos días grises. Estas nieblas son parisien-ses, decía ayer un lagartijo impúbero que habla sustituyendo la *r* con una *g* que él juzga del mejor tono en un ciudadano de Cosmópolis.

Esa *g* impertinente sugiere reflexiones útiles, y entre otras esta que recomiendo á los que tienen que sufrir retardo cuando pasan por la Avenida de San Francisco: la oportunidad y conveniencia de un *ukase* que disperse las parvadas de ociosos que instalan sus inútiles personas «desde la esquina de la Sorpresa hasta la puerta del Jockey Club.»

Oh! si el feminismo imperara en México. cuánto tiempo ha que los señores lagartijos buscarían empleo á su actividad en otras tareas menos perjudiciales para las damas, que la fácil elaboración de esa andanada de madrigales tontos que oyen al paso todas las que tuvieron *la desgracia de nacer hermosas.*

Una asociación de profesores se propone organizar conferencias científicas para vulgarizar los conocimientos más útiles, y podría decirse también, los más olvidados generalmente.

Hay en los países latinos cierta tendencia á despreciar precisamente las nociones que más se relacionan con nuestras necesidades. Parece como que deslustran las ciencias útiles y que un contacto directo con la realidad es de mal tono.

¿No han perseguido en Francia á un literato porque pretendía desacreditar falsedades y patañas? Y otro escritor que organizó una campaña contra la enseñanza clásica en nombre de la ciencia y en favor de las lenguas modernas en nombre de la utilidad, ha sufrido todas las iras del vulgo literario.

Afortunadamente aquí no somos *tan latinos* y el buen sentido ha impuesto una instrucción menos decorativa.

Dick.

Política General.

RESUMEN.— Otra vez el asunto Dreyfus. —Las revelaciones de Henry. —El secreto de un suicidio. —Retiros y dimisiones. —El fermento de nuevas agitaciones. —La revisión del proceso. —La actitud del Gobierno. —Luz y justicia. —Matanzas en Candia. —Otra vez la cuestión de Creta. —Intervención inglesa. —Temores de un conflicto. —El desarme general. —Las ideas del Czar. —La prensa francesa y la prensa alemana. —Siempre Alsacia y Lorena. —El nudo gordiano. —Dreyfus y la guerra. —Conclusión.

Acababa de ser condenado Emilio Zola, por pedir en términos violentos en su tremendo *J'accuse!* la revisión del proceso de Dreyfus, lanzando acusaciones terribles contra el consejo de guerra que había condenado por traidor al desterrado de la Isla del Diablo, contra los altos dignatarios del ejército que habían organizado ese consejo, y

contra el mismo gobierno francés que sancionó la sentencia, sin que el público se hubiera enterado de las pruebas materiales del proceso. Acababa de recibir el célebre literato francés rudo golpe en su segundo proceso, cuando un incidente inesperado viene á exaltar los ánimos, á agitar los espíritus, á sembrar dudas por todas partes y á hacer que el asunto Dreyfus reviva en todo su interés y sacuda el suelo mismo de la Francia.

Absuelto el conde de Esterhazy por un consejo de investigación que no pudo encontrar, en su conducta como militar y en sus procedimientos como acusador del capitán Dreyfus, nada censurable ni que pudiera caer bajo la acción penal, se averigua que uno de los documentos presentados como pieza de convicción y que sirvieron para oponerse á toda revisión en el viejo proceso, era sospechoso de falsificación; se procede al arresto del teniente coronel Henry, uno de los acusadores más tenaces del infeliz judío; el procesado confiesa su delito; declara que esa carta había sido falsificada por él, afirma que la presentó porque teniendo en su conciencia la convicción inquebrantable de que Dreyfus no es inocente, para que no se intentara la revisión de su proceso, ofrecía aquel documento que calmaría la inquietud de los espíritus y acallaría los clamores de los que abogan en favor del traidor declarado por tribunal competente.

Después de esas manifestaciones, atendiendo, según se dice, á consejos venidos de sus superiores, después de haber largamente con un empleado del Ministerio de la Guerra en el departamento de Estado Mayor, cuando se queda aislado, solo con su conciencia, en la tristeza y el retiro de la celda que se le había señalado en la prisión del Monte Valeriano, con pulso firme y usando una navaja de barba, se degüella dejando dos cartas dirigidas á sus antiguos jefes.

**

Digno de notarse es el nuevo giro que toma un asunto, que por tanto tiempo ha mantenido en tensión el espíritu público de la República francesa. La boca del teniente coronel Henry, sellada para siempre por la mano del suicida; su inesperada resolución en el momento en que más se necesitaba su palabra; un momento de debilidad, ó acaso de supremo heroísmo, en un oficial de este temple, que por varios años había sostenido con firmeza su actitud, que había levantado la voz contra Emilio Zola en la deshecha tormenta que provocó su proceso, que acusó de infidencia al coronel Picquart, y después de las sesiones del tribunal, fué al campo del honor con su acusado, en el cual lance resultó herido de cierta gravedad; un hombre que ha resistido con entereza todo el oleaje de la campaña que se dice semítica en favor de Dreyfus: es convicto de falsedad, no queda tiempo para echarle en cara su falta de probidad en un asunto de esta trascendencia, y para zanjar todas las dificultades, para evadir todos los compromisos, acaso para acallar los gritos de su conciencia acusadora, corta por propia mano el hilo de su existencia, y arroja á las multitudes hambrientas de información, lanza á los que piden justicia, á los que reclaman revindicación del derecho, un cadáver palpitante marcado con el estigma del suicida.

**

¿Se habrá hecho justicia Henry considerándose culpable? ó solamente se habrá sacrificado en aras del sigilo profesional, por guardar secretos de sus superiores, que á nadie, ni á sus jueces debía revelar? Quién sabe! pero los resultados no se han hecho esperar. El general Boisdeffre, jefe del Estado Mayor del ejército francés, ha renunciado su alto puesto; el general Gonse, sub-jefe en ese departamento, ha presentado también su dimisión; largas y reñidas conferencias se han celebrado en el seno del gabinete; el presidente Brissón se ha inclinado del lado de los que piden la revisión del proceso; todos los demás ministros se han adherido de buen grado á esta opinión, y sólo M. Cavaignac, ministro de la Guerra, firme en sus antiguas convicciones, consecuente con las declaraciones que hizo ante la Cámara de representantes en el pasado julio, inquebrantable en su creencia de considerar á Dreyfus merecidamente condenado, ha opuesto ruda resistencia á sus colegas; y cuando vió levantarse la opinión pública en su contra, cuando se vió arrollado por la decisión de sus compañeros de gabinete, cuando vió que la pren-

sa hacía un cuarto de conversión, poniéndose del lado de los revisionistas, cuando vió su impotencia para llevar al seno del gobierno responsable sus ideas sobre lo impolítico del paso que se meditaba, presentó su dimisión, huyó de la tormenta y se retiró tranquilamente á esperar los acontecimientos.

¡Cuántas revelaciones se esperan, hoy que el cable nos comunica que está decidida la revisión del famoso proceso! Cuántas sorpresas nos aguardan, si llegan á descubrirse los secretos que hasta hoy permanecen ocultos, los misterios que quedan guardados, los arcanos que se esconden en la sombra! Luz, mucha luz! gritan los que quieren ver claro en el asunto; justicia, siempre justicia! reclama la Sra. Dreyfus, que aspira á la rehabilitación de su esposo. Justicia! dicen también algunos jefes del ejército que rechazan indignados toda sospecha contra la institución, en la que se apoya la República, en la que tiene sus legítimas esperanzas el pueblo, en quien confía el país sus más sagrados intereses.

Y la revisión se hará, y se abrirá de nuevo el juicio público y aparecerá otra vez ante las absortas multitudes, la figura dantesca de Alfredo Dreyfus, que ha recibido en su cara las injurias del populacho, que presenció su degradación con la frente humillada y los ojos inundados de lágrimas, que partió para su destierro con hondas amarguras en su corazón, llevando tal vez en su alma la certidumbre de su inocencia; que ha permanecido cuatro años en el lugar de su martirio, esperando á que algún día se le hiciera justicia, sin acudir, como Henry, al expediente del suicidio en cuyas ondas negras no quiso arrojarse.

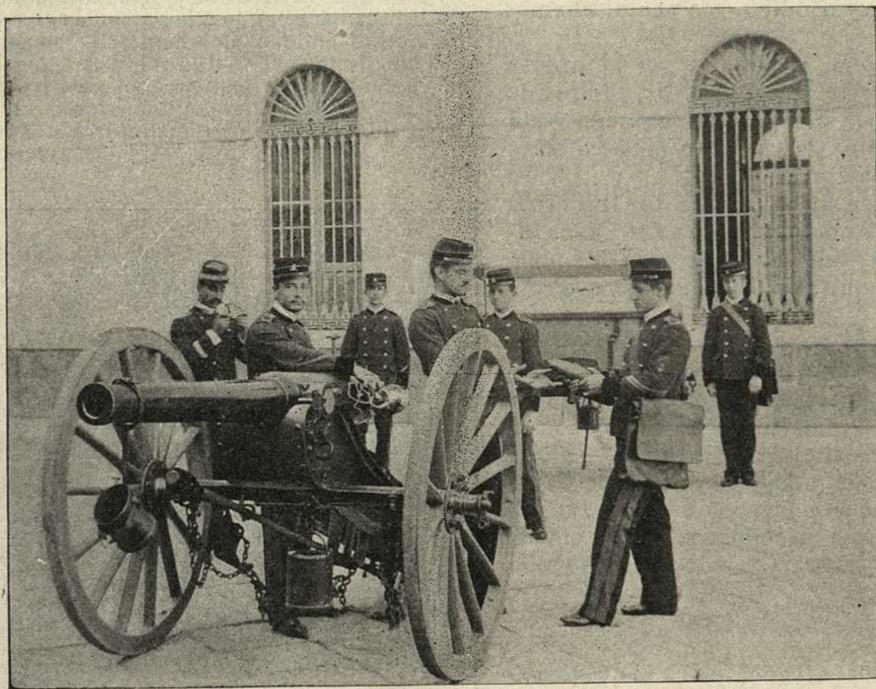
Vendrá también Zola de su destierro voluntario; y acaso pueda verse entonces, que las muchedumbres que pedían su muerte y lo ensuciaban con el dicterio y lo salpicaban con el fango de la injuria y con el lodo de la diatriba, lo recibían en medio de aclamaciones frenéticas, porque al fin su palabra ha prevalecido por encima de las pasiones, por encima de los odios, por encima de los intereses. Tal vez con términos violentos y con frases duras se presentó ante la opinión pública y se concitó las iras de sus acusados; pero en el fondo, su reclamación ha sido oída, su solicitud obsequiada y puede estar tranquilo, porque después de tantas persecuciones, no han sido estériles sus esfuerzos.

En los momentos en que es objeto de discusión la filantrópica iniciativa del Czar de Rusia, para definir los medios positivos de un desarme general y lograr la paz sobre la tierra, un incidente inesperado viene á encender la guerra en



Sr. General Juan Villegas,
Director del Colegio Militar.

el seno mismo de la Europa, y acaso tenga sus graves consecuencias. Accidental ó delibera, damente, un tiro lanzado por un soldado inglés que hacía centinela en su cuartel de Candía, ha sido la chispa que encendió la hoguera y calcina



Colegio militar en Chapultepec. — Instrucción de artillería.

con sus rojas lenguas de fuego la sacudida tierra de Creta. Los mahometanos se han lanzado á la matanza y al pillaje contra los cristianos; los soldados del Sultán han permanecido impassibles, ó no han tenido fuerzas para sofocar el motín, la patria de Minos se ha empapado otra vez con la sangre de sus hijos, los soldados ingleses han tenido que defenderse, y los buques anclados en la bahía han bombardeado la ciudad para restablecer el orden. Más de dos mil cadáveres en las calles de la ciudad y en los campos vecinos claman venganza al cielo y piden justicia á las potencias,

contra los factores de estos crímenes inauditos que se cometen en territorio europeo.

Como embriagados con sus triunfos sobre los griegos, quietos se habían quedado los súbditos del Sultán por más de un año; ni una palabra se hablaba de sus crueldades, ni una nota se recibía de sussangrientas hazañas, hasta hoy en que, turbando la paz general, se dejan escuchar sus rugidos de hienas hambrientas, y sus alaridos de salvajes. Las matanzas de Candía y la muerte de algunos oficiales ingleses reclaman una pronta y activa intervención. Volverá á hablarse de la autonomía de Creta, los gabinetes europeos volverán á discutir los asuntos turcos, y se presentarán otra vez candidatos para el gobierno de la isla.

Pero no parece tan liso y llano este camino: posible es que el incidente dé ocasión á que la Gran Bretaña, siempre dispuesta á nuevas aventuras, tome á su cargo la revindicación de los cretenses, y ponga á su amparo la revuelta isla que en tiempos pasados condujo al sacrificio al reino de los helenos. Posible es que, sin esperar extrañas autorizaciones proceda el gobierno de Londres por su propia cuenta y sin contar con la cooperación de las otras Potencias; pero también es posible que el Imperio otomano ensoberbecido con sus

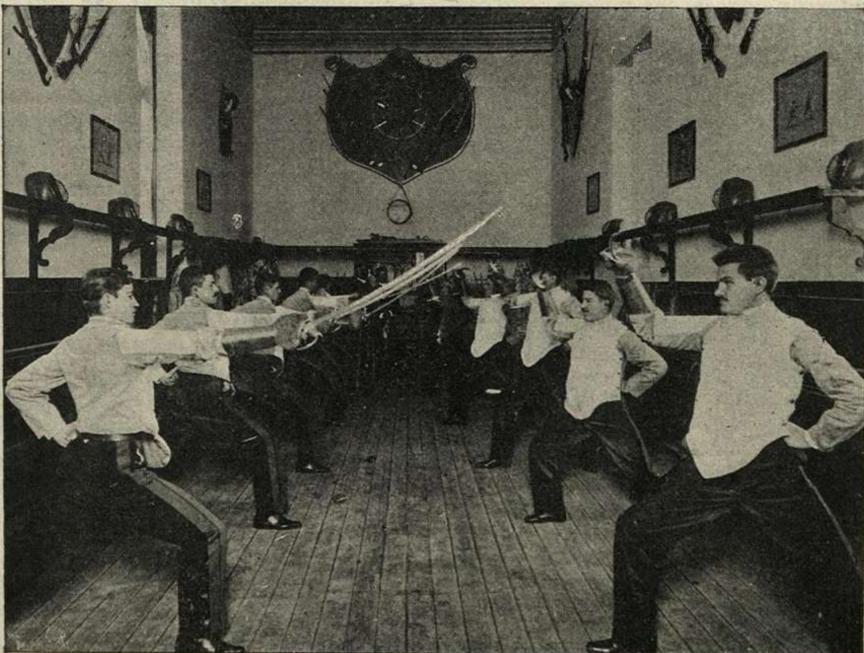
triunfos recientes, ufano consus fáciles victorias de Tesalia, orgulloso de haber logrado con su astucia romper el concierto europeo que maquinaba contra él, oponga su veto á esa intervención y quiera rechazar la fuerza con la fuerza, pretendiendo asentar la nueva idea de que ya no es el hombre enfermo de Europa, de que se basta á sí mismo para acudir á las necesidades de sus súbditos, y de que no necesita ya de auxilios extraños para sofocar motines y vencer rebeliones, siquiera sea ahogándolos en torrentes de sangre.

Y el problema oriental, que parecía resuelto ó olvidado, volverá á estar á discusión y figurar en el orden del día y entre los asuntos que ha de resolver la próxima conferencia internacional de Petersburgo.

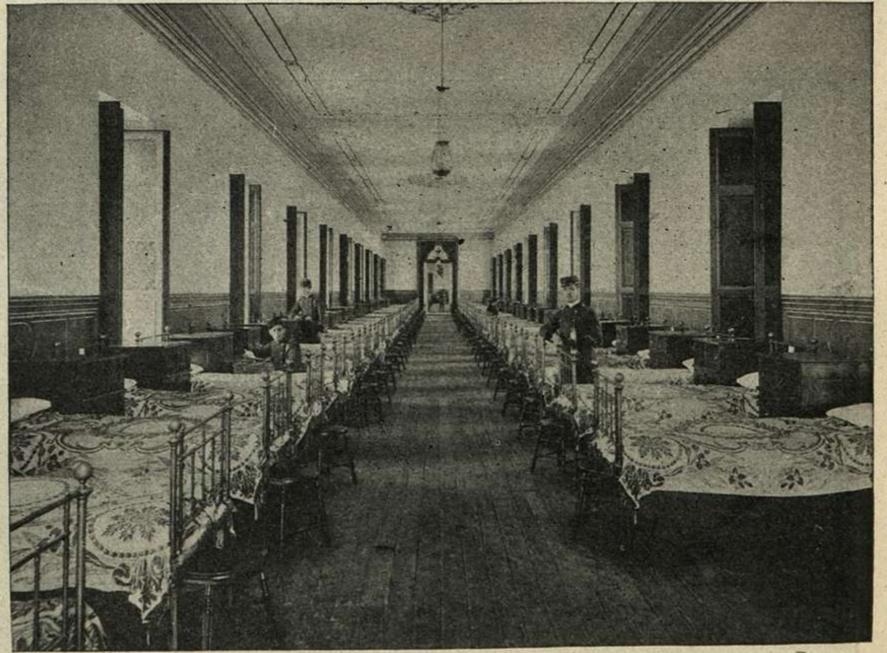
Poco á poco se va sabiendo por lo que publica la prensa europea, la disposición en que se hallan las naciones de la monárquica Europa, en cuanto se refiere á las ideas del Czar. Francia, que parece la más in-

teresada, guarda una prudente reserva y sólo se sabe por la voz de sus diarios, que cree indispensable para proceder al desarme, según las aspiraciones del pueblo francés, que antes se resuelva la suerte y los destinos futuros de Alsacia y de Lorena.

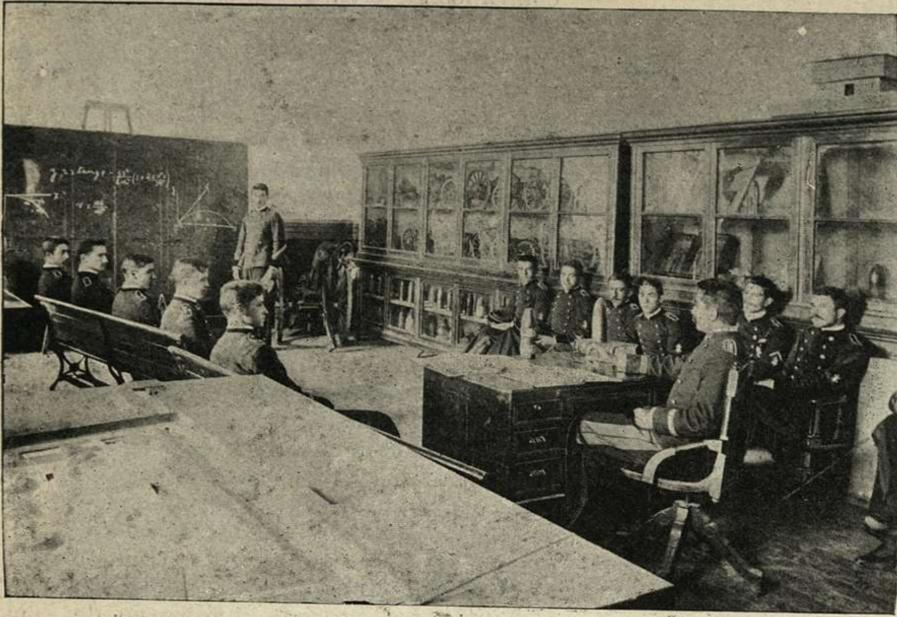
"No valia la pena,—dice un diario en su patriótico desencanto—no valia la pena haber abierto nuestros brazos á Rusia y nuestro corazón, haberle proporcionado nuestros ahorros y confiado en su grandeza, para que hoy nos obligue á re-



Colegio militar en Chapultepec. — Clase de esgrima.



Colegio militar en Chapultepec. — Dormitorio.



Colegio militar en Chapultepec.—Clase de artillería.

nunciar para siempre á lo que ha sido el objeto de nuestros anhelos y el fin de todas nuestras labores."

"Para llegar á esta solución—dice otro periódico—no necesitábamos haber ido á San Petersburgo."

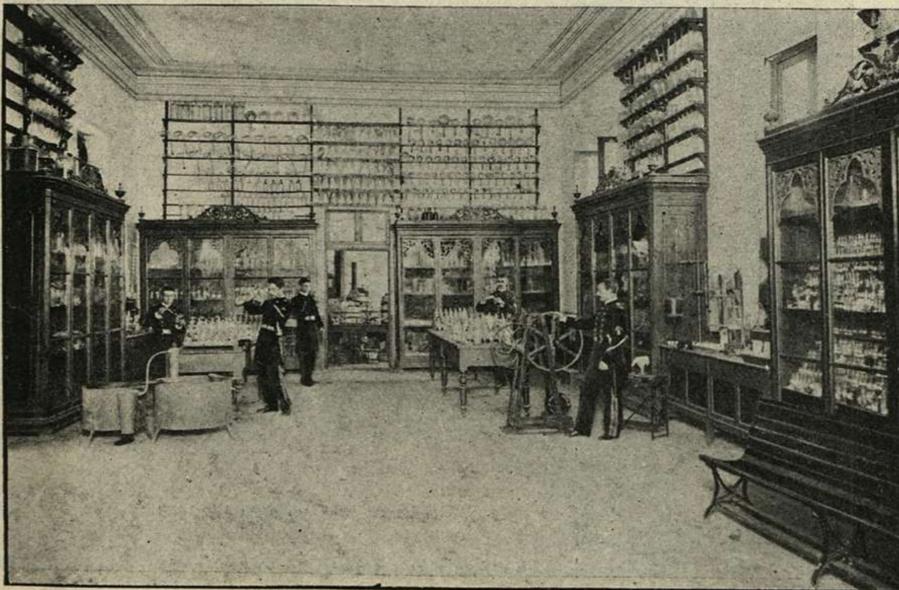
Y sin embargo, nótese en general, un tono moderado en la prensa francesa, en que se trata de alhagar al imperio moscovita. No quieren de ningún modo rechazar precipitadamente y, sin maduro exámen y sin pesar todas las condiciones políticas que abarca el gran pensamiento, que encierra la noble iniciativa del emperador Nicolás II.

Entre tanto los órganos de la opinión en los dominios de Guillermo II, casi se ufanan y se deshacen en alabanzas por la nota del Czar. Alguno, cuando más, lamenta que no haya sido el poderoso Hohenzollern quien lanzara al mundo esa idea, que por lo grandiosa merecía haber brotado en el cerebro del Kaiser.

Pero no llega su entusiasmo al extremo de aceptar sin restricciones la iniciativa Moscovita. "No podremos renunciar á nuestros armamentos; permaneceremos de guardia al pié de nuestras fortalezas, mientras Francia no convierta sus armas en rejas de arado." Así se expresa un periódico que se dice inspirado en fuentes oficiales; y cuando se analizan las palabras del mismo Emperador pronunciadas recientemente en un banquete de agricultores de Westfalia, se comprende que el nudo gordiano en la cuestión de la paz, que el gran escollo que ha de encontrarse en el desarme general, será la cuestión de fronteras entre Francia y Alemania.

Será una exageración, pero hay quienes afirman entre los personajes de influencia de Francia, que el embrollo Dreyfus, que acaba de entrar en una nueva fase, puede dar ocasión á un rompimiento entre las dos aborrecidas rivales. Siempre se ha dicho por lo bajo y se ha murmurado entre los bostidores políticos, que la traición atribuida á Dreyfus y por la cual sufre los martirios del destierro, del aislamiento y de la soledad; por la cual está todavía marcado con el estigma candente de la reprobación general, había sido por revelar secretos á los agentes de Alemania. Si el Gabinete que preside M. Brissón está resuelto á rasgar todos los misterios del proceso, y á abrir puerta franca á todas las declaraciones que hasta ahora se han callado en nombre del secreto profesional de los funcionarios del Estado, no sería difícil que surgieran graves complicaciones, que no podrían conjurar ni las palabras del apóstol que predica la paz desde San Petersburgo, ni las amonestaciones del Santo Padre que pide la concordia desde el Vaticano.

Y sería de ver que, por extraño modo y en virtud de agitaciones interiores que sacuden al pueblo francés, estallara la temida conflagración que ha tratado de evitar Nicolás II con su nota de paz y de concordia.



Colegio militar en Chapultepec.—Clase de Química.

Sería de ver que, después de la inteligencia cordial en que por mutuas concesiones en la cuestión china, por recíprocos arreglos de sus intereses entre Rusia y la Gran Bretaña, se ha conjurado todo temor de conflicto, estallara la guerra entre Alemania y Francia, en el momento menos esperado y cuando llega hasta anunciarse la autonomía de Alsacia-Lorena, para aniquilar de una vez la eterna manzana de la discordia.

X. X. X.

8 de Septiembre de 1898.

COLEGIO MILITAR

Con motivo de la ceremonia que celebra anualmente el Colegio Militar en honor de los alumnos muertos heroicamente en defensa de la Patria, publicamos hoy algunos grabados relativos á ese plantel tan simpático al público mexicano y que debe al Señor Presidente de la República una especial protección.

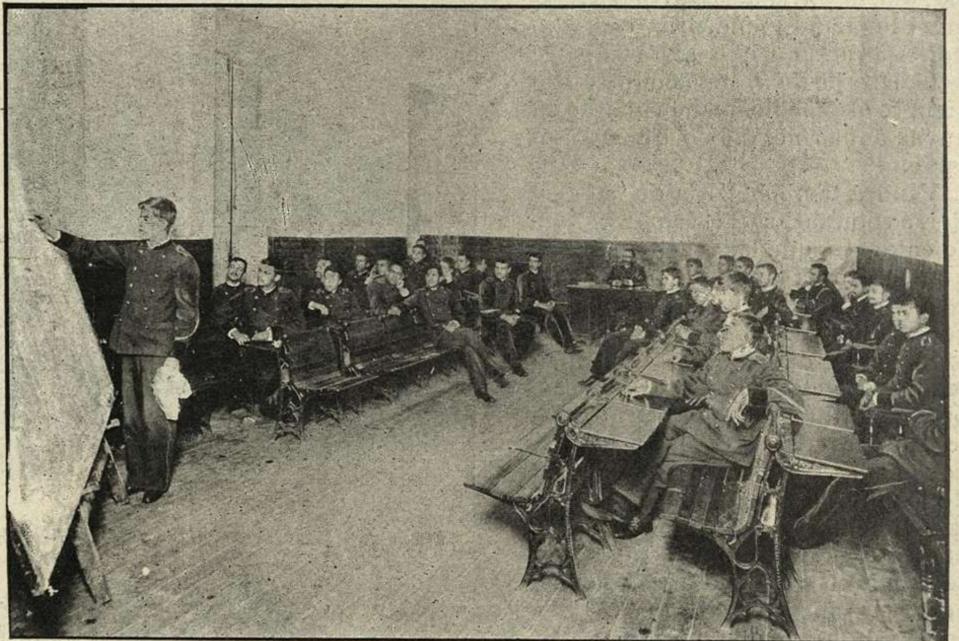
El año de 1824 se decretó la institución de una "Escuela de Cadetes," siendo á la sazón Presidente de la República el General Victoria y Ministro de la Guerra el General Mier y Terán. Instalóse en Perote la nueva escuela bajo la Dirección del Coronel José M. Cortés Gallardo.

A poco pasó á México el Colegio, ocupando el edificio de Betlemitas hasta el año de 1833, en que se trasladó á San Lúcas.

Del año de 43 al de 1847 estuvo el plantel en Chapultepec. La ocupación americana destruyó ó extravió los útiles científicos del establecimiento y por este motivo y otros relacionados con el estado general del país, quedó clausurado el Colegio hasta que en Junio del siguiente año reanudó sus tareas, ocupando San Lúcas por algunos meses mientras se decidió que volviese á Chapultepec lo que se efectuó el año de 1849.

Ya durante la invasión norte-americana había escrito su epopeya gloriosa el Colegio Militar, ofreciendo á la patria la sangre pura de sus alumnos, algunos de los cuales, muertos en el campo de batalla, consumaron un sacrificio que los hizo inmortales.

El año de 1855 el distinguido jefe liberal Don Miguel Blanco atacó la plaza de México defendida por los reaccionarios, los cuales cometieron un imperdonable desacato á las leyes de la humanidad, ordenando que la Garita de San Cosme fuera cubierta por alumnos del Colegio Militar. Estos resistieron con bizarría el empuje de las fuer-



Colegio militar en Chapultepec.—Un curso de matemáticas.

zas liberales que atacaron el punto y no volvieron ni un instante la espalda, por más que fuera cruel y bárbaro obligarlos á pelear en guerra civil.

En 1860 se clausuró el Colegio para volver á abrir sus aulas en 1861 bajo la dirección de Don José Justo Alvarez.

Durante el periodo de disturbios comprendido entre los años de 1863 al de 1869 estuvo cerrado el Colegio Militar y el mes de Enero del último año mencionado, se reorganizó de nuevo, acupando durante tres meses el convento de Santa Catalina para pasar en seguida al Ex-Arzbispado de Tacubaya.

El año de 1882, siendo el Director General Don Sóstenes Rocha, inauguró el Colegio Militar el edificio que hoy ocupa en Chapultepec. Durante los últimos años no ha habido interrupción en las mejoras con que el Gobierno hace progresar tan útil como simpático plantel.

El director actual, General Don Juan Villegas, cuyo retrato también publicamos, es un militar facultativo, que consagra su vida con amor y fé al sostenimiento y progresos de un Colegio que honra al país y al gobierno tanto por la instrucción técnica que en él recibe la juventud laboriosa y enérgica que lo integra, como por la moralidad, disciplina y pundonor que caracterizan á sus alumnos.

AMSTERDAM.

LA CIUDAD EN DONDE FUE CORONADA LA REINA DE HOLANDA

El primer efecto que produce esta ciudad, apenas se han recorrido algunas calles, es difícil de manifestar. Parece una ciudad inmensa y desordenada; Venecia agigantada y afeada; una ciudad holandesa sí, pero vista á través de una lente que la hace parecer tres veces mayor, la Capital de una Holanda imaginaria de cincuenta millones de habitantes; una metrópoli antigua, fundada por un pueblo de gigantes en el delta de un río descomunal, para servir de puerto á una escuadra de diez mil navios; una ciudad majestuosa, severa, casi lúgubre, que produce un sentimiento de esupor que obliga á meditar.

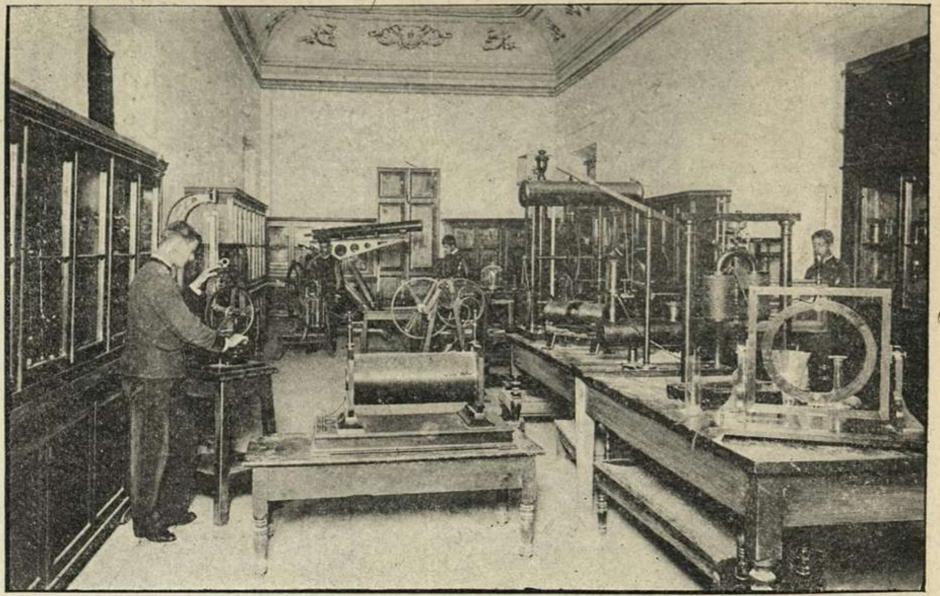
La ciudad está fundada sobre noventa islas, casi todas de figura rectangular, que se comunican por medio de trescientos cincuenta puentes. Su figura es un perfecto semicírculo, surcado por canales concéntricos, con relación al que rodea la ciudad, y atravesados por otros convergentes al centro, como los hilos de una tela de araña. Una ancha corriente de agua, llamada Amstel (que con la palabra *dam*, dique, forma el nombre de Amsterdam), divide la ciudad en dos partes casi iguales y va á desembocar en el Y.

Casi todas las casas están edificadas sobre estacas, por lo que suele decirse que la ciudad de Amsterdam, vuelta del revés, presentaría el aspecto de un gran bosque sin hojas y sin ramas, y casi todos los canales están flanqueados por dos anchas aceras y dos largas filas de tilos.

Esta regularidad de forma, mediante la cual puede extenderse la vista por todas partes, da á la ciudad un aspecto maravillosamente grandioso. Al volver cada esquina, se ven en la nueva dirección, tres, cuatro, hasta seis puentes levadizos, unos alzados, otros bajos, otros en movimiento, que ofrecen á la vista una fuga de puertas y una confusión inexplicable de maderos y cadenas, que á cualquiera le hacen pensar que Amsterdam se compone de barrios enemigos fortificados unos contra otros. Los canales, grandes como ríos, forman aquí y allá vueltas y remansos espaciosos á los que se da vuelta pasando por una sucesión de puentes unidos los unos con los otros. De todas las encrucijadas se ven perspectivas lejanas de otros puentes, de otros canales, de buques, de edificios velados por una ligera niebla, que hace parecer mayor la lontananza.

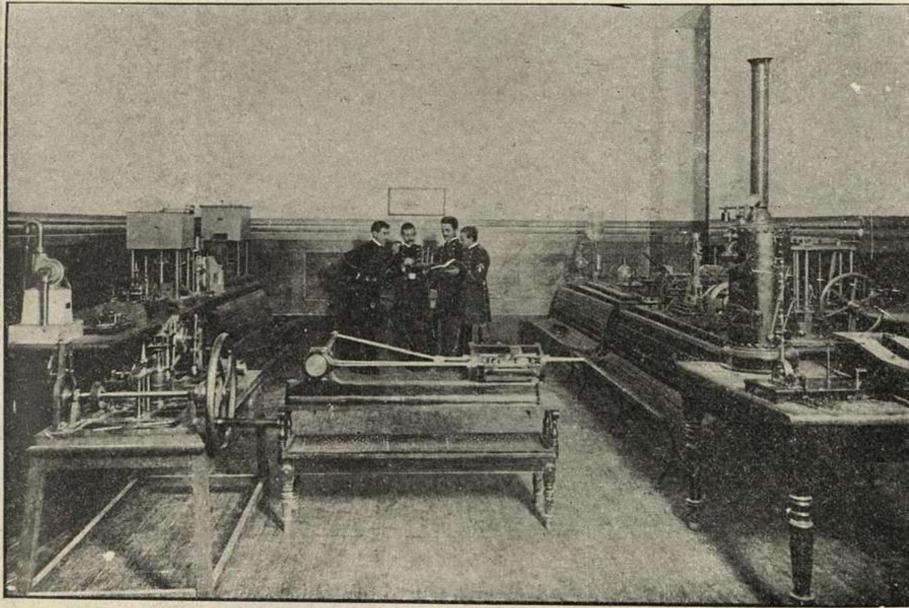
Las casas, casi todas altísimas, respecto á las de las demás ciudades holandesas, negras, con las ventanas y las puertas contorneadas de blanco, con fachadas de puntos y en escalones, adornadas de bajos relieves, que representan urnas flores y animales; están casi protegidas por la parte de delante, por columnitas, balaustradas, cadenas, barras de hierro y separadas unas de otras por una murallita y dentro de estas fortalezas avanzadas que ocupan gran parte de la calle, hay veladores, macetas, sillones, sillas, candeleros, cestas, restos de muebles viejos, así es que, mirando la calle desde una de sus extremidades, parece que los habitantes de las casas han convenido en echarlo todo fuera y tenerlo amontonado. Muchísimas casas tienen un piso más bajo que el nivel de la calle, al que se baja por una escalerilla de madera ó de piedra; y en aquel espacio entre la calle y los muros, hay más macetas de flores, macetas puestas á la venta, gente que trabaja, una vida confusa y oscura que bulle al pié del transeunte.

Las calles principales ofrecen un espectáculo único en el mundo. Los canales están cubiertos de buques y de gabarras, y en las calles laterales se ven á un lado montones de barricas, de sacos, de cajas y de fardos; al otro una hilera de lujosas tiendas. Aquí hormigüea la gente bien vestida, las señoras, las criadas, los mercaderes ambulantes, los tenderos; allá el pueblo rudo y vagabundo de los marineros y barqueros, con sus mujeres y sus hijos. A la derecha se oye el vivo cuchicheo de los ciudadanos, á la izquierda los gritos agudos y lentos de la gente de mar. En un lado se siente el perfume de las flores y el olor apetitoso de las fondas; en el otro el hedor del alquitrán y el humo de las pobres cocinas de los barcos de vela. Aquí se alza un puente levadizo para dar paso á un buque, allá se amontona la gente para pasar-



Colegio militar en Chapultepec.—Cátedra de física.

observada; iglesias para los luteranos de la confesión de Augsburgo, observada con latitud; para los menonitas, para los walones, para los ingleses episcopales, para los ingleses presbiterianos, para los católicos, para los cismáticos griegos; y cada uno de estos templos alza al cielo una torre que parece hecha para vencer á las demás en originalidad y rareza. Lo que dice Victor Hugo de los arquitectos flamencos que fabricaron campanarios poniendo una ensalada ra boca abajo sobre un birrete de hueso, un azucarero sobre la ensalada, una botella sobre el azucarero y otro chisme sobre la botella, puede referirse en parte á los campanarios de Amsterdam. Algunos están formados de kioscos ó templetos superpuestos; otros de muchas torrecillas que parecen sacadas más de dentro de las otras, de modo que dando un golpe á la más alta, todo el campanario debe embutirse como un antejo, otros son sutiles como minaretes, casi enteramente contruidos de hierro, adornados, dorados, calados, transparentes; otros coronados de medio arriba de balastradas, terrados, arcos y columnas; casi todos rematados por un globo ó una corona de hierro de forma de cebolla, que sostiene á su vez una bola y ésta un hasta-bandera, sobre la que suele haber aún cualquier objeto, que acaso tampoco es el último, lo mismo que las torrecillas que hacen los niños, superponiendo todo lo que tienen á mano.



Colegio militar en Chapultepec.—Clase de mecánica.

por un puente abierto que se está cerrando; más lejos, una balsa pasa un grupo de personas de una orilla á por del canal; en el fondo de la calle parte un vapor; por la extremidad opuesta entra una fila de barcazas pargadas; aquí se abre una compuerta; allá se desliza un *trekschuit*; á poca distancia gira un molino, y más abajo se clavan estacas para una casa. El chirrido de las cadenas de los puentes se confunde con el ruido de los carros; el silbido de los vapores interrumpe la música de los relojes de torre; las cuerdas de los buques se enlazan con las ramas de los árboles; el carruaje pasa junto á la barca, la tienda se mira en el canal; las velas se reflejan en las vidrieras; la vida de tierra y la de mar se rozan, se cruzan, pasando la una sobre la otra, y se confunden en un espectáculo nuevo y alegre, como una fiesta de alianza y de paz.

Si de las calles principales se interna uno en los barrios antiguos, el espectáculo cambia por completo. Las calles más estrechas de Toledo, los callejones más oscuros de Génova, las casas más desequilibradas de Rotterdam, no valen nada al lado de la estrechez, de la obscuridad y del desbarajuste arquitectónico que se ve en aquellos barrios. Las calles parecen grietas abiertas por un terremoto. Las casas altas y negruzcas, medio ocultas por los harapos que cuelgan de las ventanas y de cuerdas, están tan inclinadas que da miedo; algunas se hallan replegadas sobre sí mismas, como si estuvieran á punto de hundirse, otras casi se tocan con los tejados, no dejando ver más que un hilito de cielo; otras se inclinan á dos partes opuestas, y parecen casas de escenario cuando se muda la decoración. ¿Fueron contruidas así, por causa de las aguas vertientes, ó se inclinaron porque cedió el terreno? Hay quien cree lo primero y quien cree lo segundo; pero los más piensan las dos cosas, lo que me parece más racional. Hasta en aquellos laberintos, donde hormigüea gente pálida y triste, para la que un rayo de sol es una bendición de Dios, se ven macetas de flores, espejitos y cortinillas en las ventanas, que revelan una pobreza acompañada del cariñoso amor del hogar.

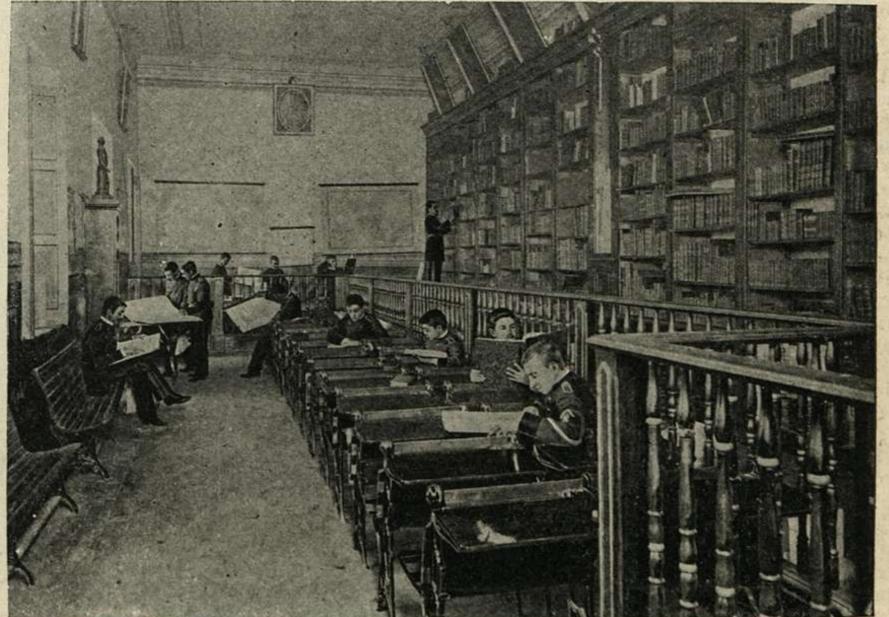
La parte más pintoresca de la ciudad, es la comprendida en la curva del Amstel, alrededor de la gran plaza del mercado nuevo. Vénse allí encrucijadas de calles tenebrosas y de canales desiertos; plazuelas solitarias rodeadas de paredes chorreando agua; casas mohosas, destartalladas, decrépitas, bañadas por aguas muertas é inmundas; vastos almacenes con todas las puertas y ventanas cerradas; barcos y gabarras abandonadas en el fondo de canales sin salida, que parecen esperar conjurados ó brujas; montones de materiales de construcción que remedan avanzadas de incendio ó de ruinas; remansos fangosos y asquerosos charcos; murcs, agua, puentes, todo tan negro y tético, que produce en el que pasa la primera vez por allí, un sentimiento de inquietud como si le amenazase alguna desgracia.

Volviendo á la ciudad para observar particularmente los edificios, lo primero que llama la atención son los campanarios. En Amsterdam hay templos de todas las religiones: sinagogas, iglesias para los reformados calvinistas, iglesias para los luteranos de la confesión de Augsburgo, rigurosamente

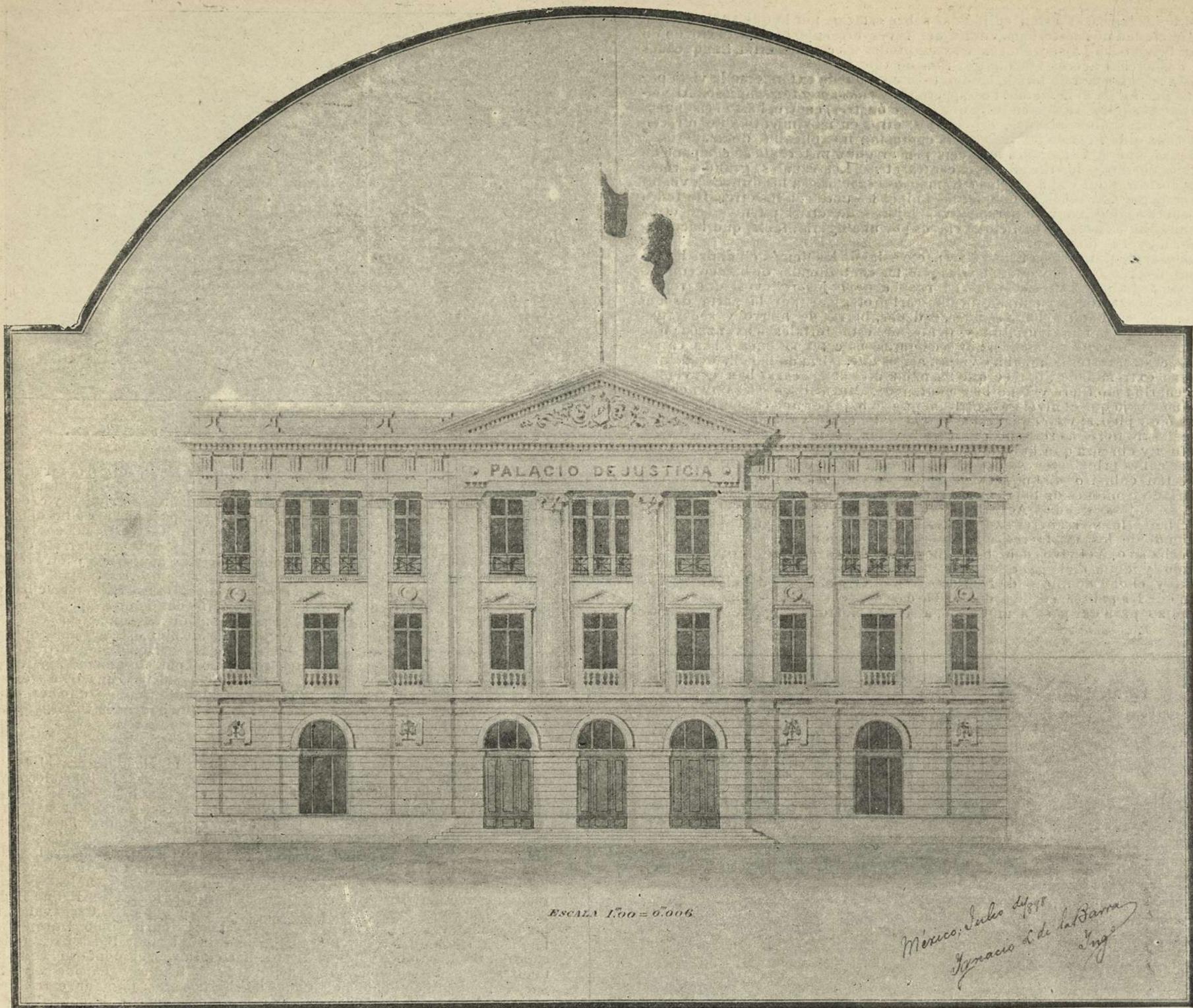
Entre los edificios monumentales—que no son muchos—figura el Palacio Real, el primero de los palacios de Holanda, edificado entre 1648 y 1655 sobre trece mil seiscientos cincuenta y nueve estacas, grandioso, pesado y obscuro cuyo mayor ornamento es una sala de baile, considerada la más grande de Europa; y su mayor defecto no tener portal por lo que se llama comúnmente la casa sin puerta. Para contraste, el edificio de la Bolsa, que se eleva en frente fundado sobre treinta y cuatro mil estacas, se llama la puerta sin casa, porque no tiene nada notable á no ser un peristilo de diez y siete columnas; juego de palabras que todos los holandeses dicen á los extranjeros, sonriendo imperceptiblemente con el borde de los labios. El que llega á Amsterdam en la primera semana de la Kermesse, que es el Carnaval de Holanda, puede ver en este edificio un espectáculo curiosísimo. Durante siete días á las horas en que no se negocia, está abierta la Bolsa para toda la chiquillería de la ciudad que la invade, haciendo un ruido infernal con pitos, tambres y gritos; licencia que, si dice verdad la tradición, ha sido concedida por el Municipio en honor de algunos muchachos que jugando cerca de la antigua Bolsa en tiempo de la guerra de la Independencia, descubrieron á los españoles que se preparaban á volar el edificio con un pontón lleno de pólvora, y corrieron á avisar á los ciudadanos, frustrando así el intento del enemigo. Además del Palacio Real y la Bolsa, son bellos ornamentos de Amsterdam, la catedral construida de cristal y de hierro, y rematado por una cúpula ligerísima que de lejos, cuando le da el sol parece una gran mezquita, y como monumentos históricos, las viejas torres que se elevan en las riberas del puerto.

Entre estas torres hay una que se llama *Torre del rincón de los llorosos* ó *Torre de las lágrimas*, porque allí se embarcaban en otro tiempo los marineros holandeses para sus larguissimos viajes, y sus familias iban junto aquella torre para saludarlos y verlos partir, y lloraban. Sobre la puerta hay un tosco bajo-relieve, marcado con la fecha de 1569, que representa el puerto, una nave que parte y una mujer que llora, y fué puesto allí en conmemoración de la mujer de un marinero, que murió del dolor causado por la marcha de su marido.

Casi todos los extranjeros que van á ver aquella torre, después de haber echado una ojeada al bajo-relieve y á la *Guía* que explica su significado, se vuelven hacia el mar como buscando el buque que parte, y se quedan pensativos. ¿En qué piensan? Acaso en lo que pensé yo mismo.



Colegio militar en Chapultepec.—Biblioteca.



Proyecto del Palacio de Justicia del Ramo Criminal

Siguen á aquella embarcación á los mares árticos, á la pesca de la ballena ó en busca de un nuevo camino para las Indias, y en su mente se desarrolla como una visión la epopeya tremenda de la marina holandesa en medio de los horrores del polo: los mares llenos de hielo, el frío que hace caer á pedazos la piel de las manos y de la cara; los osos blancos que se arrojan sobre los marineros y despedazan las armas con los dientes; los caballos marinos que acuden en bandadas para volver las chalupas, las rocas de hielo arremolinadas por las olas y por el viento, y las vastas llanuras heladas é inmóviles que aprisionan y destruyen las flotas: las islas desiertas, sembradas de cadáveres de marineros, de esqueletos de naves, de cinturones de cuero, roídos por los hambrientos naufragos en la desesperación de la agonía; las manadas de ballenas que giran en torno de las embarcaciones, las formidables contorsiones del monstruo herido en las ensangrentadas aguas, las lanchas volcadas de un coletazo, los naufragos vagando medio desnudos entre la niebla y las tinieblas, las chozas cavadas en la nieve, y los sueños que acaban en la muerte. Después, inmersas soledades blancas y brumosas, donde no se oye más ruido que el de los remos de las lanchas, repercutido por las cavernas, y los gritos lamentables de las focas, otros desiertos donde no hay ni señales de vida, las montañas de hielo desconocidas, los inmensos espacios desconocidos, las nieves seculares, el invierno eterno, la tristeza solemne de las noches del polo, el infinito silencio que da pavora al ánimo, los marineros consumidos, desfigurados, delirantes, que se arrodillan en el puente y tienden las manos juntas hacia el horizonte encendido por la aurora boreal, pidiendo á Dios les conceda ver otra vez el sol y la patria.

¡Hombres de ciencia, comerciantes, poetas, todos se inclinan ante las humildes avanzadas que han trazado con sus esqueletos sobre las immaculadas nieves del polo, el primer sendero de la vida!

E. DE AMICIS.

El General Zurlinden.

El actual Ministro de la Guerra de Gabinete francés, ocupa el puesto que dejó vacante con su renuncia el conocido M. Cavaignac.

Sabido es que Cavaignac se oponía de una manera



El General Zurlinden,
Ministro de la Guerra. [Francia].

obstinada á la revisión del proceso Dreyfus, alegando razones de orden público, más especiosas que concluyentes. Ahora bien, como todos los otros ministros del Gabinete Brisson desean que ese proceso se revise para satisfacer los clamores de un sentimiento de equidad, reparando los errores que no es posible ya dejar en pié después de las revelaciones y el suicidio de Henry, Cavaignac debía retirarse y se retiró para que entrara a substituirlo un funcionario conforme con la política adoptada por los ministros del Presidente Faure.

El nombramiento para la cartera de guerra ha favorecido al General Zurlinden, cuyo retrato publicamos.

Este jefe fué designado para Gobernador de París cuando se retiró el General Sausnier que era como se sabe, Comandante en jefe del Ejército francés.

Zurlinden es alsaciano, tiene más de sesenta años; entró a servir al ejército en 1856 y era capitán cuando se declaró la guerra franco-prusiana.

Fué hecho prisionero en Metz y logró evadirse de la fortaleza de Spandau.

El General Zurlinden ha desempeñado ya en otra ocasión la cartera de guerra, bajo la Presidencia de Faure y siendo Jefe del Gabinete M. Ribot.

El palacio de Justicia del Ramo Criminal.

Por orden de la Secretaría de Gobernación al Director de Obras Públicas Sr. Ingeniero Antonio Torres Torija, hizo un proyecto de reformas para el departamento de Juzgados de la Cárcel Municipal, el cual fué aceptado.

Después la Secretaría de Justicia pensó dar mayor importancia al departamento judicial del edificio, y al efecto se estudiaron otros proyectos, recibiendo orden el señor Director de Obras Públicas de relacionar la reforma de dicho departamento con una reforma general de la Cárcel Municipal que se ha decidido llevar á cabo.

Comisionado el Sr. Ignacio de la Barra para hacer la fachada del edificio destinado á Palacio de Justicia del Ramo Criminal, la Secretaría de Justicia se sirvió aceptar el proyecto respectivo, disponiendo que el mencionado Ingeniero procediera á encargarse de los trabajos.

Posteriormente, y ya en vías de ejecución las obras, modificóse el proyecto para dar otra disposición y mayor amplitud, principalmente á los salones de Jurados, ocupándose el Sr. de la Barra de dichas modificaciones. El proyecto general de reformas del edificio de la Cárcel Municipal formado por el Sr. Torres Torija, subsiste tal como lo formó el Director de Obras Públicas por acuerdo de la Secretaría de Gobernación.

La parte del edificio destinada á Palacio de Justicia del Ramo criminal, costará según el presupuesto aprobado \$ 72,000. Tendrá tres pisos y ocupará una superficie de mil metros cuadrados aproximadamente.

En las dos alas del piso bajo estarán los salones de jurados, de los cuales el de mayor capacidad podrá alojar hasta mil personas. En comunicación con dichos salones, habrá salas para las deliberaciones de los jurados y departamentos destinados á testigos.

En el segundo piso se instalarán los cinco Juzgados Correccionales, que constarán cada uno de cuatro piezas; una para los abogados, quejosos etc., otra para la Secretaría, la tercera para declaraciones, y la última para despacho del Juez.

Igual disposición tienen los Juzgados de lo Criminal que ocupan el tercer piso.

Habrán amplias y cómodas oficinas para el Ministerio Público y una sección destinada á los peritos médico-legistas.

El Gabinete antropométrico ocupará un sitio adecuado en el tercer piso, en el que también se instalará la oficina del archivo.

Según los informes que publica la prensa diaria, el nuevo edificio se inaugurará dentro de ocho meses.

Guillermina de Holanda.

En despachos transmitidos por el cable y publicados por el *Imparcial* y *El Mundo* se han referido esos diarios á la coronación de la reina Guillermina de Holanda, la soberana más joven de Europa.

A las noticias que ya conocen nuestros habituales lectores, vamos á agregar algunos datos relativos á este acontecimiento, y al Estado europeo que comienza á gobernar la nueva reina.

La hija del difunto rey Guillermo III, de Holanda, y de su segunda esposa Emma, la Princesa Guillermina, acaba de subir al trono á los 18 años de edad.

Las ceremonias de la coronación se efectuaron en Amsterdam, y en ellas, conforme á los deseos de la Reina Regente y de su hija, los rituales se simplificaron hasta lo posible. Como no hay en Amsterdam ni en el Haya un dignatario eclesiástico competente para coronar á la reina y tomarle el juramento, como las leyes del país se oponen á que la reina reciba la corona de manos de la Reina Regente, entre las ceremonias no figura precisamente la coronación, sino que consisten en la toma del juramento ante el Consejo de Estado y el Cuerpo Diplomático.

Se había propuesto que la reina misma se coronase como ha sucedido con algunos otros soberanos, pero esta proposición no fué aprobada.

El local escogido para la ceremonia fué la Nieuwe Kerck, el templo más suntuoso de Amsterdam, pero en el cual difícilmente pudieran instalarse las dos mil personas invitadas.

Después, la reina recorrió las calles de Amsterdam, siendo aclamada hasta el delirio por el pueblo de Holanda que adora á su reina.

Durante dos semanas, el pueblo de Amsterdam y el Haya van á estar en contacto con su reina, pues todo el festival tiene un carácter democrático, y la mayor parte de las fiestas son populares.

**

El banquete oficial fué solemne; á él asistieron 250 invitados. Hubo también una fiesta en el mejor teatro de Amsterdam, y un baile de corte en el palacio del Haya.

La reina irá á habitar probablemente el palacio de Amsterdam, que parece, por su exterior, más bien un edificio oficial que una residencia real. El interior, sin embargo, es magnífico. Fué construido en 1808 y regalado á Luis Bonaparte cuando fué hecho rey.

La residencia favorita de la joven soberana es el pequeño palacio del Haya, donde pasó casi toda su infancia. Otro de los lugares que más la agradan, es la que se conoce por "Casa del Bosque," con todas las apariencias de un castillo feudal, rodeada por un parque hermosísimo y cuya construcción data de principios del siglo XVII. Hay también un retiro en la parte Norte de Utrecht, —el castillo de Soestdyk, á donde la Reina gusta ir á pasar temporadas cortas, alejada de los asuntos oficiales, y enteramente libre de la etiqueta y restricciones de la corte.

Uno de los espectáculos más bonitos, fué el envío de las palomas viajeras. Cuando la reina Guillermina apareció en las puertas de Nieuwe Kurck, después de haber hecho el juramento, de las azoteas del Ryx Museum, se desprendieron bandadas de palomas que fueron á llevar la grata nueva á todos los confines del reino. Seis mil de estas aves fueron traídas de todas partes de Holanda y encerradas en cestas en el museo. Y todas ellas emprendieron el vuelo al presentarse la soberana ante el pueblo, radiante de entusiasmo.

El programa de las fiestas, aunque está lleno de notas alegres, parece sin embargo un poco reservado. Créese que el pueblo holandés guarda una parte de su entusiasmo para cuando la reina se case.

Por hoy está remota esa circunstancia: la reina quiere permanecer soltera, y sus declaraciones manifiestan que para su matrimonio atenderá, antes que todo á sus propias inclinaciones.

Se refiere que, no ha mucho tiempo, interrogada

por la Reina Regente, la Princesa Guillermina respondió:

—"Yo no quiero esposo. Reinaré sola, como Isabel de Inglaterra. Y en todo caso, jamás me casaré con alguno á quien no ame."

Los holandeses se someterán á la voluntad de su reina, aunque muestran arraigadas prevenciones contra la idea de que el Príncipe consorte fuera de origen alemán.

**

El pueblo que va á gobernar la Reina Guillermina, tiene por ella una gran adoración, y la misma que ha tenido por todos los descendientes de la familia Orange Nassau.

No hay grandes luchas entre los partidos políticos. El conservador, representado por los grupos Católico y Luterano, es una tradición.

Los que prevalecen son el liberal y el radical, que tienen sus representantes en los ocho ministros de la corona y en la mayoría de los Estados Generales.

El reino de Holanda tiene colonias en el Asia Oriental y en América con territorios 17 veces más grandes que el de Holanda propiamente dicho y con 35 millones de habitantes, en su mayoría de raza malaya.

El rápido desarrollo del país se debe en gran parte al poderoso esfuerzo del gobierno de la Reina Regente, que será sin duda continuado por la actual soberana. Holanda es uno de los países más libres de Europa; libertad completa de religión, de prensa; todos los derechos de asamblea y de petición están garantizados por las leyes constitucionales.

Sus principales centros comerciales, son Amsterdam y Rotterdam. En ambas se ha invertido gastos considerables, con objeto de facilitar la navegación y mejorar las condiciones de los puertos, así, por ejemplo, sólo en el canal llamado canal de Rotterdam, se han gastado 20 millones en los últimos años.

Hoy, este puerto es el tercero de Europa, en cuanto á la amplitud de su entrada.

Los últimos veinte años se han marcado también por el desarrollo de las industrias holandesas. Como una prueba del adelanto de la industria, se puede citar el hecho de que, una gran parte del material para la armada nacional, antes construido sólo en Inglaterra, hoy se construye en el país.

**

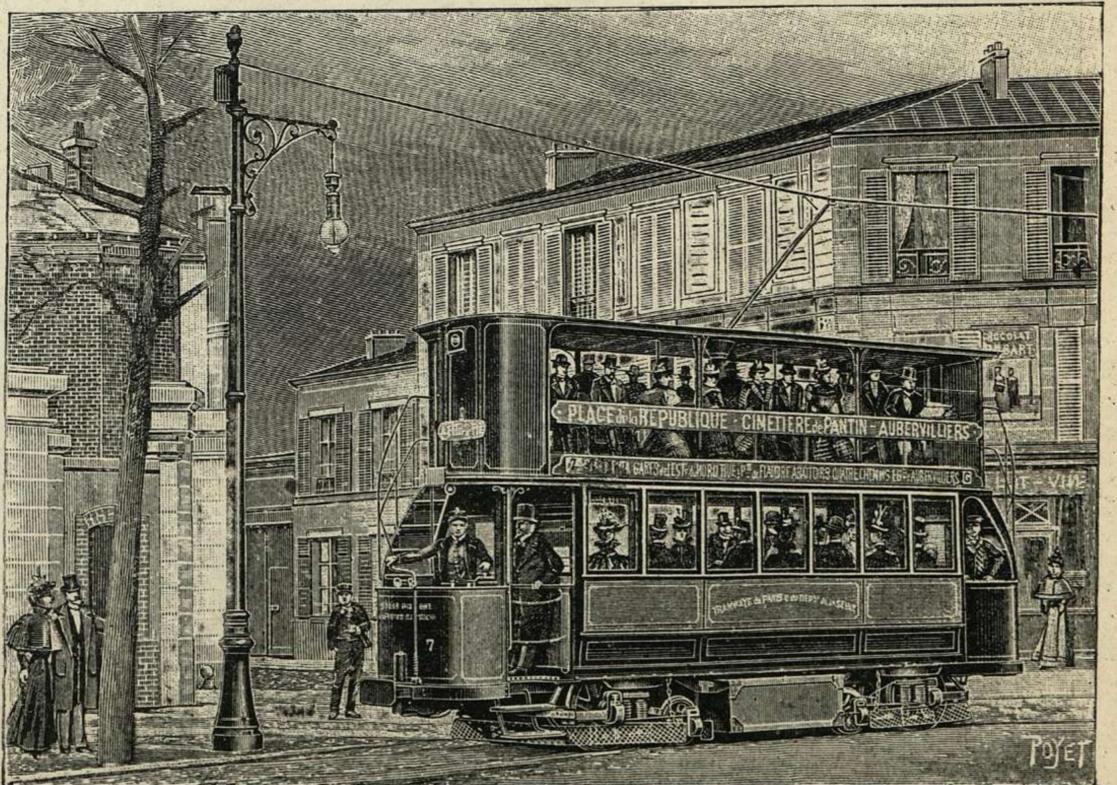
El ejército consta de 80,000 hombres en pie de guerra. El servicio militar es obligatorio desde los 19 años, y una ley reciente, ha abolido el sistema de los substitutos, que antes libraba á los ricos de cumplir con uno de sus más caros deberes patrióticos. Hay construidas fortificaciones modernas en Amsterdam y en diferentes puntos á lo largo de la costa, y á la entrada de los puertos. La escuela militar para la educación de los oficiales del ejército, cuenta cerca de 2,000 alumnos. El ejército colonial asciende á 40,000 soldados y 1,500 oficiales, todos voluntarios, pues la constitución holandesa prohíbe que el ejército nacional salga del país, sino que debe ser consagrado únicamente para defensa del territorio de Holanda.

La tracción eléctrica en Paris.

Hace poco se hizo en Paris una interesante aplicación de la tracción eléctrica.

En la capital de Francia los tranvías funcionan por medio de acumuladores y fuera, por el trolley aéreo.

Las líneas de Aubervilliers y de Pantin tienen un trayecto total de 6, 2 y 6, 75 kilómetros, respectivamente. La vía fué instalada por la Compañía de tranvías de Paris y del Departamento del Sena; está formada por rieles Broca que pesan 44 kilogramos por metro, cuando la vía ocupa el centro de la calzada, y por rieles Vigorle cuando va á los lados.



Ferrocarril eléctrico en Paris.

Los coches son grandes vehículos con imperial que pueden contener 56 viajeros: 4 en la plataforma, 24 en el interior y 28 en la imperial.

Puede reprochárseles sus dimensiones excesivamente grandes; es preferible para un buen servicio que los coches sean pequeños y que hagan un servicio más frecuente. Prescindiendo de esto, los que actualmente se usan tienen muchos aparatos perfeccionados; descansan sobre trucks articulados que permiten utilizar la adherencia sobre los dos ejes motores.

Cada eje motor recibe el impulso de un motor eléctrico de 25 caballos. Los empleados encargados de las maniobras de los diversos aparatos, ocupan un lugar en las plataformas anterior y posterior. No olvidemos mencionar los depósitos de arena que lleva cada coche para derramarla sobre la vía, si esto es necesario; además hay frenos ordinarios y electromagnéticos. Estos últimos han permitido detener un coche cargado con 4 toneladas en una distancia menor de 14 metros sobre una pendiente de 24 milímetros por metro y llevando una velocidad de 20 kilómetros por hora.

Los acumuladores son de 224 elementos, de siete placas, de una capacidad de 35 amperes por hora. Las placas están encerradas en cajas de ebonita; la que encierra la batería colocada debajo del coche es de cerca de dos metros de largo por menos de uno de anchura.

El equipo eléctrico de los coches permite enviar a cada uno de ellos ya la corriente de los acumuladores, ya la del trolley para moverla y á la vez cargar la batería de acumuladores.

Cada coche está alumbrado por 10 lámparas incandescentes de 16 bujías.

La generación de energía eléctrica está situada en Aubervilliers. Hay tres calderas multitubulares Roser con una superficie de calefacción de 193 metros cuadrados; las máquinas de vapor son tres de un solo cilindro y horizontales de 250 caballos y 75 revoluciones por minuto. Cada una de éstas mueve por medio de correas un dinamo Thomson-Houston de 6 polos de 150 watts y 400 revoluciones por minuto.

Dos circuitos principales parten del cuadro de distribución, uno de 530 volts para la alimentación del trolley y el otro de 575 para la carga de la ruta.

La ceremonia del día 8 en Chapultepec.

Llamamos la atención sobre nuestra primera plana, tomada del natural, por la que se verá cómo procuramos satisfacer á nuestros abonados.

Amor silvestre.

Pocas veces habremos podido dar un grabado que llene tanto como la ilustración de arte que aparece en nuestra edición de hoy, el gusto exquisito de nuestros favorecedores.

Amor silvestre es un cuadro de mérito que le ha valido á su autor un triunfo merecido y la reproducción en varias colecciones selectas de estampas.

El Sr. Emilio G. Lobato,

de San Luis Potosí.

Por un olvido no hicimos constar en nuestro número último que las vistas relativas á los funerales del Sr. Gobernador de San Luis Potosí fueron tomadas de fotografías originales del Sr. Dn. Emilio G. Lobato inteligente y bondadoso colaborador artístico de "El Mundo Ilustrado."

Con un empeño por el que le damos aquí un testimonio público de nuestro agradecimiento, trabajó el Sr. Lobato para proporcionarnos las vistas publicadas, cuyo mérito nos es satisfactorio reconocer para satisfacción del aventajado artista potosino.



Amor silvestre. — L. Perrault.

EL APRISCO

—¿Qué edad tiene el pequeño, señora?

A esta pregunta la madre mira al niño, con la mirada con que se busca en el reloj la hora, y responde: —¿Pedro? Tiene veintinueve meses, señora.

Esto vale tanto como decir: dos años y medio; pero, como Pedrito tiene portentoso ingenio, y hace cosas maravillosas para su edad, es de temerse que las otras madres no se sientan muy celosas si se les presenta más grande de lo que es, en cuyo caso no sería ya su ingenio tan asombroso.

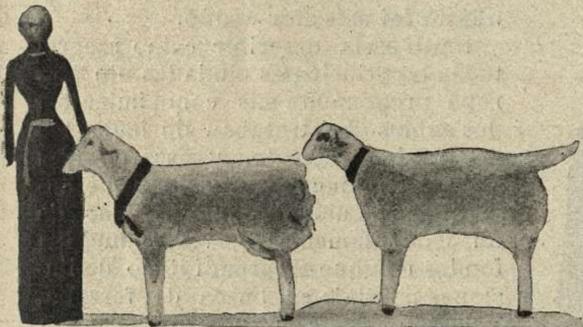
Por otra parte, ella no consiente que se agregue ni un solo día a la edad de su niño. Ahí quisiera tenerlo siempre así, pequeño, hecho un bebé. . . . Siente que mientras más grande se haga, menos será su hijo; que se le escapará poco a poco. Ay! solo procuran desligarse estos ingratos! La primera separación data de su nacimiento. Entonces si es hermoso ser su madre; no hay sino un seno y dos brazos para retenerlo.

Todo esto hace que Pedro tenga exactamente veintinueve meses, edad encantadora que me inspira profundo interés. Tengo varios amiguitos cuyo discernimiento es admirable; pero ninguno de ellos tiene la imaginación de Pedro: éste evoca las ideas con extraordinaria facilidad y pone en ellas mucho de fantasía.

**

Se acuerda de cosas pasadas; reconoce rostros que han estado ausentes más de un mes; descubre, en las estampas iluminadas mil particularidades que le encantan e inquietan; cuando hojea cierto libro ilustrado que adora, y cuyas páginas ha rasgado por la mitad, sus mejillas se coloran de rojo y un vivo resplandor pasa por sus ojos.

La madre se asusta de esta luz y de ese sonrojo, cree que el mucho trabajo puede fatigar esa pequeña cabecita, tierna y tímida; teme la fiebre, lo teme todo. Así táse a la idea de llevar la desgracia al hijo de que tanto se enorgullece. Casi desea que su pequeño se pareciera al hijo del panadero que ve todos los días, al pasar por la tienda, con una cara enorme y plana, dos ojos azules sin mirada, la boca perdida entre los carrillos, y aquel aire de sana bestezuela. Al menos ese no da inquietudes! Mientras que Pedro! . . .



cambia de color a cada instante, tiene las manecitas ardientes y duerme en su cuna en medio del más agitado sueño.

El médico no quiere que nuestro amiguito mire ya estampas; recomiéndala calma de ideas, y dice: —"Hay que educarlo como a un perrito; lo que por otra parte, no es difícil.

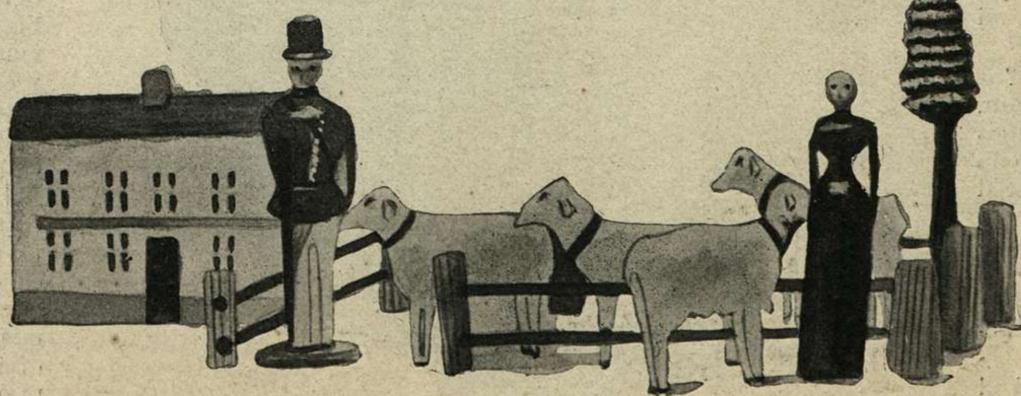
En esto se engaña: es por el contrario, muy difícil. El doctor no tiene ni la más remota idea de la psicología de un chiquitín de veintinueve meses. Y después ¿está seguro el doctor de que los perrillos viven en completa calma de pensamiento? Yo conocí uno, de seis semanas poco más ó menos, que soñaba toda la noche, pasando de la alegría a las lágrimas con una rapidez increíble. Llenaba mi cuarto con el ruido de las expansiones más desordenadas. ¿Era esto calma acaso? No por cierto. También al animalito le sucedía lo que a Pedro: enflaquecía, viviendo sin embargo, Pedro lleva los gémelos de una vida generosa. No tiene dañado ningún órgano esencial, pero se querría verlo menos delgado y no tan paliducho.

**

París sienta mal a este pequeño parisiense. Y no es que él esté triste, al contrario, se divierte mucho; las formas, los colores y los movimientos le atraen: comprende y siente demasiado; se fatiga.

En el mes de Julio, su madre lo llevó, más pálido y enflaquecido, a un rincón de la Suiza, en un valle tibio donde había yerba y vacas. Veía, extasiado, las hermosas vacas, cuya espumosa leche bebía, y la aromática yerba que componía esa leche; todo ésto era un delicioso espectáculo.

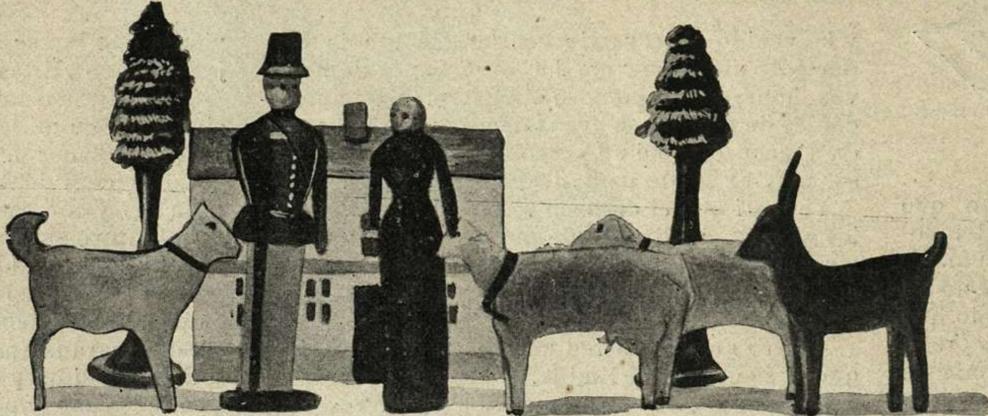
Ese reposo en el seno de la tranquila y dulce nodri-



za duró tres meses, tres meses llenos de imágenes risueñas, y en los que se saboreó mucho pan moreno. Y, en los primeros días de Octubre, vi volver un Pedrito nuevo, regenerado; un Pedrito bruñido, dorado, cocido, casi moftetudo, las manos negras, la voz gruésa, la risa estrepitosa. . . .

—Mirad cuán inconocible está mi Pedro,—dice la madre con regocijo; —tiene los colores de un muñeco de a veintinueve sueldos!

Pero. . . no duran mucho estos colores. Bebé palidece, tórñase nervioso, delicado, tiene sensibilidades



extraordinariamente refinadas. París recobra su influencia: es decir, el París espiritual que no está en ninguna parte y que está en todo, el París que inspira el gusto y el ingenio, que turba, y que obliga a discurrir aun cuando se es pequeño. He aquí a Pedro palideciendo de nuevo y enrojeciendo a la vista de las estampas.

**

Hacia fines de Diciembre, lo encontré nervioso, con los ojos enormes y las manecitas enflaquecidas. Dormía mal y había cerrado la boca a todo alimento. El médico decía:

—Nada tiene; hacedle comer!

Pero ¿cuáles eran los medios? Su pobre madre lo había ensayado todo, y nada había conseguido. Ella lloraba y Pedro no comía.

La noche de Navidad llevaronle polichinelas, caballos, soldados, todo en gran número. Y a la mañana siguiente, delante de la chimenea, envuelta en el peñador, las manos caídas, la madre miraba con desconfianza todas estas figurillas gesticulantes.

Esto va a excitarlo! se dijo al fin. Es demasiado.

Y, suavemente, para no despertar a Pedro, tomó en sus brazos al polichinela—que tenía un aire perverso— a los soldados, a quienes temía, creyéndolos muy capaces de arrastrar a su hijo a las batallas, al mismo caballo pacífico pintado de rojo, y así, caminando sobre la punta de los pies, fué a esconder estos juguetes en un armario. No dejó en la chimenea sino la caja de madera blanca, regalo de un pobre hombre: un aprisco de treinta y nueve sueldos. Después la colocó delante del pequeño lecho y quedóse mirando dormir a su niño. Como mujer que era, hizola reír el airecillo de fraude que su buena acción tenía, pero, mirando los párpados azulados del bebé de nuevo pensó.—¡Es horrible que no se pueda hacer comer a este niño!

Apénas se le hubo vestido, Pedrito abrió la caja y vió los borregos, las vacas, los caballos, los árboles, unos árboles rizados. . . . Más que un aprisco era, hablando propiamente, una granja. Vió el labrador y su mujer, el labrador con una hoz en la mano, la mujer con un rastrillo. Los dos yendo al prado a cortar heno, por más que no pareciese que caminaban. La mujer con un sombrero de paja y un vestido rojo. Pedro le daba mil besos, y ella le pintorreaba las mejillas. Vió también la casa, pequeña y tan baja, que la mujer no habría cabido en ella, puesta de pié pero esta casa tenía una puerta y por ella pudo Pedro reconocerla como una casa.

¿Cómo estas figuras pintadas tomaron forma real ante la mirada fría é inconsciente de un niño? No se sabe, pero fué como una magia. Los apretó con sus pequeños puños, y después los extendió sobre la mesita llamándolos por su nombre con un acento apasionado: Dadá! Tutú! Mumée! Y tomando uno de estos extraños árboles verdes, de tronco liso y recto,

cuyé forraje hecho de virutas remeda un cono, exclamó: Pin! Pin!

**

Esto fué, para su madre, una revelación. Jamás habría ella encontrado el parecido. Y, sin embargo, un árbol verde, en forma de cono, con un tronco recto, es ciertamente, un abeto. Pero preciso era que Pedro lo dijese para que ella lo comprendiera —¡Angelito! . . . Y lo abrazó tan fuerte, que el aprisco vino abajo en sus tres cuartas partes.

Sin embargo, Pedro descubrió en los árboles de la caja, un gran parecido con otros árboles que había visto allá, entre la yerba espesa y el aire fresco. Y veía otras cosas que su mamá no veía. Todos estos pedacillos de madera pintarrajeada hacíanle evocar imágenes tiernas. Debido a ellos, volvía a vivir en la naturaleza alpina, y se sentía por segunda vez en aquella Suiza que lo había alimentado generosamente. . . . Entonces las ideas se ligaron unas con otras, pensó en comer y exclamó—Leche! Pan!

Y comió con toda la satisfacción de un apetito despierto, y cenó en la noche como había almorzado en la mañana. Al otro día, de nuevo sintió hambre a la vista del aprisco. ¡Lo que es tener imaginación! . . .

Quince días después, era Pedrito un robusto chiquito. . . . Su madre estaba radiante y decía:

—¡Mirad qué colores, un verdadero muñeco de a trece sueldos! Es el aprisco de ese pobre M. X. . . . el que ha hecho ésto.

ANATOLE FRANCE.



MARGARITA.

Margarita es una vieja amiga, eternamente joven, a quien siempre volvemos a ver con alegría. Tiene para nuestra memoria el atractivo de las mujeres con quien tuvimos las primeras aventuras amorosas. La recordamos como recuerda el estudiante a la muchacha por cuyos lindos ojos salía a escondidas de su celda, atravesaba el claustro del colegio y saltaba las tapias a media noche. Por ella le reprendió cien veces el prefecto, y el rector le llamó aparte para decirle un tremendo sermón.

De esa manera leímos ó más bien, de esa manera amamos a la "Dama de las Camelias." Era para nosotros de esos libros que se esconden debajo de la almohada y que se leen a hurtadillas, levantándose temprano para aprovechar las horas en que todavía duermen los demás, ó robándose un cabo de estearina para encenderlo a media noche.

Una gran dama del siglo XVIII decía al tomar una fresa: "¡lástima que no sea pecado!" Pues bien, la "Dama de las Camelias" tuvo para nosotros el atractivo incitante del pecado. Nos decían que era inmoral, muy inmoral y francamente a mí también me pareció. Ahora, después de haber recorrido la novela moderna, ese boulevard lleno de Safos y de Nanás por el que debiera pasar de cuando en cuando el prefecto de policía, me río de mi candor. Ya hemos atravesado ese Cerámico de la moderna Atenas, de brazo

de Guy de Maupassant, y con los Goncourt, con Paul Bourget. Nosotros calentamos nuestra juventud en fuego menos ardiente. Nuestro poeta favorito, el pobre Musset, parece ahora un seminarista enamorado. La poesía de Richepin, cruzada por bacantes desmenadas, trae a la memoria el culto isíaco ó aquel pasaje en que Cátulo describe una de las fiestas lupercales. "Los compañeros del dios ebrios de santo delirio corren por todas partes cantando ¡Evoé! ¡Evoé!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

El Premio de los Richones.

La vasta y magnífica posesión rural en que paso ahora con mi esposa y mis hijos las temporadas veraniegas, no fué construida por mí ni por mis antepasados. Yo en mis primeros años no fuí más que un pelagatos, sabio eso sí, tan sabio que causaba el asombro de mis condiscípulos y profesores, pero sin una peseta ni de donde tomarla.

Así es que cuando supe que el rico banquero Fourbes me había escogido para profesor de sus hijos, la alegría más grande me embargó el corazón, y me propuse llenar cumplidamente mis deberes para no perder la buena pensión que por mi trabajo se me había señalado.

Los hijos de Fourbes eran dos: un mocetón de veinte años á quien faltaba solamente perfeccionarlo en las matemáticas, el griego y el inglés, y una niña de trece, bella como un ensueño y con tanto talento como belleza, á la cual debía enseñar todos los ramos de instrucción superior compatibles con su sexo.

En breve tiempo me capté la estimación de toda la familia, y casi sin saber cómo, el amor de mi discípula, á la que yo también amaba tan profundamente que ella fué y ha sido mi primero y mi único amor, causa de todas mis pasajeras pero dolorosas desgracias y de mi larga y duradera felicidad.

Una mañana de Abril en que el cielo estaba muy azul y el ambiente tibio y apacible, el señor Fourbes me llamó á su despacho, cerró con llave la puerta, se sentó, me invitó á hacer lo mismo y me dijo con voz afectuosa:

—Tengo un capital de cinco millones perfectamente colocado de manera que no corre peligro de perderse: ¿Lo sabía usted?

—No, señor. Sabía que era usted muy rico pero no conocía el monto de sus riquezas.

—No le debo nada á nadie; y á mi muerte, ó antes si toman estado, este capital pasará íntegro á las manos de mis hijos.

El señor Fourbes hizo una pausa y me miró fijamente. Como yo no contestara, él añadió:

—Lo digo porque he notado que usted y mi hija se aman y como faltan pocos meses para que cumpla su mayor edad, no quiero que cegados por el amor vayan á cometer una locura.

Debí haberme puesto muy pálido y debí expresar de tal modo mi cara las agonías de mi corazón, que él dulcificando la voz continuó:

—No, si nunca los creí á ustedes capaces de casarse en contra de mi voluntad, pero...

—Pero usted se opone ¿no es así?

—Oponerme de un modo absoluto, no, pero quiero imponerles á ambos ciertas condiciones con las cuales ella está ya de acuerdo como lo va usted á oír de su boca.

Abrió la puerta, llamó á su hija que vino muy pálida y que me sonrió al verme, como con el fin de darme ánimo en el difícil trance porque estábamos pasando.

—He dicho á Emilia, prosiguió el banquero, que desde hace más de dos años descubrí que ustedes se amaban

y he venido observando constantemente la conducta de usted que me ha parecido la de un joven honrado, respetuoso y sincero. Sus antecedentes de familia, su gran talento y rara instrucción hacen de usted un yerno tal, que se necesitaría ser muy exigente para desear cosa mejor.

Yo sentí que el corazón se me ensanchaba; fijé los ojos en Emilia que de pie frente á nosotros y sin atreverse á levantar los ojos del suelo jugaba con los pliegues de su falda de seda. El señor Fourbes continuó:

—Pero no tiene usted una peseta y no quiero que la sociedad, ni Emilia, ni usted mismo, puedan algún día atribuir á cuestión de intereses pecuniarios el enlace de ustedes, amén del papel de inferioridad que guardaría usted en la casa porque así pasa en el mundo desgraciadamente.

—Entonces el matrimonio es imposible... dice usted muy bien, imposible, exclamé yo bañado en lágrimas, en tanto que Emilia, llorosa también, avanzaba para decirme:

—No Juan, no, y haces mal en desconfiar así del porvenir: ya me dijo papá que eres un sabio, que con tu ciencia puedes labrarte en corto tiempo una fortuna aunque sea modesta y que tan pronto como la tengas nos casaremos. Papá

piensa que eso será dentro de cinco años y te fija ese plazo ¿Estas conforme?

Tan discreta, tan cariñosa, tan noble proposición halló en mí la acogida que era de esperarse, ofrecí hacer prodigios para labrarme una posición, recogí de Amelia el juramento de que me sería fiel, y con ese juramento y con la bendición de mi futuro suegro emprendí un viaje á Bélgica donde se había abierto un concurso para los ingenieros que quisieran presentar proyectos para un puente que debía unir dos poblaciones que estaban separadas por un río.

De los treinta y cuatro planos que se presentaron ninguno superaba al mío, ni lo igualaba siquiera, por la brillantez y novedad del pensamiento, y sobre todo, porque descansaba en principios científicos que por primera vez se aplicaban á esa clase de construcciones y que yo llamé de suspensión aérea. Sin embargo, con gran asombro de los sabios y de la prensa que se habían vuelto lenguas en favor de mi proyecto, este fué desechado y se aprobó el presentado por un yerno de la prima del Ministro de obras públicas. Sólo que se le hizo una ligera modificación cambiándole las bases de sustentación por otras de suspensión aérea copiadas de mi plano. Es decir se me robaba inicualemente.

Comprendiendo la inutilidad de una lucha con quien tan poderosos apoyos tenía, emprendí un viaje á Holanda donde se proyectaban grandes obras hidráulicas por cuenta del Gobierno y allí no fuí más afortunado.

Inútil sería describir como recorrí todas las principales ciudades de Europa pregonando mis conocimientos: los sabios me trataban de loco, los necios, de mentecato, y pasaron tres años de los cinco de plazo, sin que hubiera conseguido más que mermar de un modo lamentable, los reducidos fondos con que emprendí lleno de ilusiones mi viaje en busca de fortuna. Tocaban estos á su fin, y estaba yo en España, cuando llegó por casualidad á mis manos un periódico en que aparecía la convocatoria del primer Lord del Almirantazgo del Reino Unido, en que ofrecía un premio de veinte mil libras esterlinas al que descubriera el más mínimo error en las tablas de logaritmos que acababa de publicar.

Al leer este aviso me dió un vuelco el corazón, corrí á comprar el libro y me puse á verificar todas sus operaciones, hallando al fin ¡oh alegría! solo á la de una resurrección comparable) que el tal error existía, claro, perceptible, comprobado, innegable, en la operación 1015 de la tabla XXV.

En el acto emprendí lleno de alegría el viaje á Londres y acudí sin tardanza en solicitud del primer Lord del Almirantazgo; pero ponerse al habla con tan encumbrado personaje era mucho más difícil de lo que yo creía, y en vano gasté días y meses en las antesalas del palacio sin haber conseguido conocer siquiera al ayuda de Cámara de Su Excelencia.

Diversas cartas escribí sin obtener resultado alguno y acudí por último á un periodista que puso un comunicado en el *Times* anunciando mi descubrimiento. Como consecuencia la Academia Real de Ciencias Exactas, declaró oficialmente que solamente un ignorante ó un loco podía suponer que existiera error alguno en el incomparable trabajo del primer Lord, y que no me-





un lecho para mí, y sillones para los médicos que día y noche deberían vigilar me y tomar nota de los cambios que fuere yo sufriendo con el método de alimentación á que se me sujetaba. Tenía yo permiso para leer, escribir, pasear por el jardín (siempre acompañado de los médicos) y tomar al día hasta cuatro tarros de cerveza blanca ó negra, á mi elección.

Poca concurrencia asistió á presenciar mis primeras comidas; pero desde que transcurrió una semana, y la prensa hizo saber por medio de los boletines de los médicos, el cambio que se operaba en mi salud, las localidades eran pocas para la muchedumbre que las solicitaba pagándolas alposadero á precios fabulosos. Yo ya me había acostumbrado á comer en presencia de la multitud mi pichón asado que uno de los médicos descarnaba cuidadosamente no dejando más que los huesos limpios en el plato y dándome todo lo demás con ejemplar paciencia. De tie upo en tiempo se detenía, me tomaba el pulso, me observaba la conjuntiva y continuaba impasible alimentándome hasta trasladar á mi estómago la última partícula de pichón que había en el plato.

Desde el día vigésimo quinto de la experiencia, mis comidas empezaron á presentar inusitado interés para la concurrencia; las primeras filas eran ocupadas por rubias *Misses* que me contemplaban sin cesar, y todo el resto del salón, y la posada entera, y la calle misma, sellenaban de curiosos.

Cada comida era para mí un verdadero tormento de increíble intensidad y la sola vista del plato en que traían el pichón, me ocasionaba sacudidas nerviosas. Para poder tragar los bocados, necesitaba yo taparme las narices (tanto así me repugnaba el olor del manjar maldito) y á fin de contener las náuseas que me provocaba, el Doctor hacía que me pusieran con frecuencia en la cabeza y sobre el estómago, lienzos empapados con agua helada.

Cuando llegó el último día de la prueba yo ya no era un hombre, sino una especie de harapo sucio botado sobre aquel lecho testigo de mis más crueles torturas, pues hacía cuatro días que ni para comer me podía levantar. Había perdido el habla, respiraba difícilmente, una fiebre nerviosa me producía frecuentes convulsiones y hasta la energía que hasta allí me había acompañado, empezaba á ser substituida por una atonía imbecil.

El postrer pichón que me correspondía engullir tardó cinco horas en ser comido, y qué tales y tan desgarradores serían mis sufrimientos, que cuando apenas había llegado á la mitad, una ola de compasión invadió la sala y los concurrentes todos llorando amenazaban á los médicos con los puños cerrados y gritaban: ya no... ya no más... esto es inicuo!!

Sin embargo, seguí comiendo, y á las 11 h. 24 m. 15 s. p. m. según observó cuidadosamente en su cronómetro el Secretario de la Real Asociación, tragué el último bocado.

La sala, la posada, la calle, el barrio, la ciudad entera estallaron entonces en un hurra formidable, la música militar lanzó al aire las notas marciales del *Good save the queen* y quedé convertido en el héroe del día.

Desde ese momento, las más distinguidas personalidades de la corte se disputaban el honor de estrechar mi mano y todos querían llevarme á sus salones y presentarme á su familia y amigos; mi primera visita fué para la Reina y su graciosa Majestad llevó su benevolencia al extremo de felicitarme y darme á besar su real mano.

A los pocos meses, no sin haber antes demostrado en una de mis visitas al Lord del Almirantazgo el error de sus Tablas de Logaritmos (cobrándole por supuesto la apuesta) salí de Londres con dirección á París. Por fortuna en la posada del *Cuerno de Oro* me había yo inscrito con nombre supuesto y ni mi suegra ni mi novia supieron entonces ni después que el origen de la fortuna con que volví, fué el premio de los pichones.

recía mi insinuación ni los honores de ser discutida.

A la sazón se me habían agotado enteramente los fondos hasta el extremo de no tener ni con que pagar los gastos de mi mantención y alojamiento en la posada del *Cuerno de Oro* que era donde yo vivía.

Entonces tomé la dolorosa resolución de suicidarme; y para el efecto, metí á escondidas en mi cuarto cuanto carbón pude, tapé cuidadosamente el cañón de la chimenea, escribí á Emilia y á su padre una despedida patética, y cubriendo todas las juntas é intersticios de las puertas que pudieran dar paso al aire, encendí el fuego y me acosté en mi lecho, dispuesto á perecer asfixiado.

Pero no contaba yo con la curiosidad implacable de los posaderos. El del *Cuerno de Oro* tan pronto como le dí mi carta para ponerla en el buzón la abrió para enterarse de su contenido, y enfureciéndose como un energúmeno, volvió, echó la puerta abajo, abrió las ventanas y me hizo volver á la vida, cuando apenas empezaba mi espíritu á penetrar por las antecámaras del sueño que jamás termina.

—¡Ladrón, decía empuñando un cuchillo enorme de cocina; ladrón que no contento con robarme llevándose á la eternidad el pupilaje de una semana, quería deshonorar mi posada suicidándose en ella!

Y blandía el cuchillo con ademán tan amenazador que yo quedé contentísimo al ver que siempre mi fin estaba seguro aunque con diferente género de muerte.

Pero pasado el primer arrebató de furor entró conmigo en explicaciones con el afán de ver si podía ponerme en posesión de pagarle lo que le debía.

—Ya ví por la carta que sabe usted mucho, pero ¿qué es lo que sabe usted?

—Lenguas muertas y vivas, astronomía, medicina, ingeniería en todos sus ramos, historia natural, filosofía, fisiología, psicología.

—Nada de eso vale nada ¿no tiene usted algún oficio?

Contesté avergonzado que no y el hombre quedó pensativo por largo rato.

—Yale tengo, exclamó de pronto, dándose una palmada en la frente; ya tengo mi dinero.

—Usted estaba bien resuelto á morir, me dijo, ¿no es verdad?

—Enteramente resuelto.

—Entonces le es á usted indiferente cualquier género de muerte.

—Absolutamente indiferente.

—En ese caso estamos salvados. Sepa usted que la *Real Asociación de estudios fisiológicos* tiene ofrecida una prima de quince mil libras al que durante treinta días coma pichones por único alimento, siendo tres pichones por día el mínimo de los que deba comer.

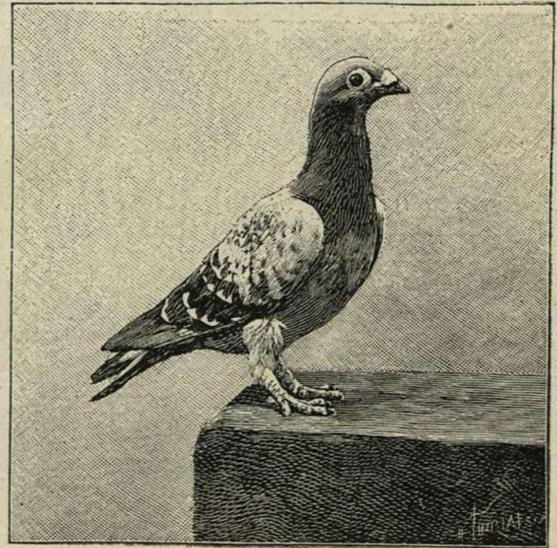
Yo creí que se había vuelto loco el posadero, pero habiendo salido de mi aposento por breves instantes, trajo el periódico en que se ofrecía la prima, y hube de ceder á la evidencia.

—Dos han muerto en la prueba como envenenados y otros la han abandonado más ó menos cerca del fin, me informó el posadero, así es que si usted se atreve, no tiene más que dejarme hacer y saldrá de aquí muerto ó rico con gran honra para mi posada.

Le dejé obrar como quisiera y en el acto me cambió al más lujoso departamento del edificio, en el cual había un salón que bien podía contener trescientas personas; acudió á la *Real Asociación* dándole aviso de haber un nuevo candidato y proponiéndole *El Cuerno de Oro* para lugar de los experimentos.

En ese mismo día vinieron á visitarme tres empingorotados personajes de caras escuálidas, vientres ricos, patillas rubias y lacias, ojos grandes, azules y sin expresión, labios delgados y manos como disciplinas. Venían sus Señorías acompañados de un médico que gozaba gran fama en las tres Islas del Reino Unido y que me reconoció escrupulosamente, declarando en seguida que gozaba yo de una excelente salud.

Se señaló el domingo siguiente (esto pasaba un jueves) para empezar la experiencia y se procedió inmediatamente á preparar la casa, convirtiendo el salón en una especie de teatro con asientos y galerías para los espectadores: en el fondo se colocó una mesa y



Yo también he procurado olvidarlo: pero muchas veces rodeado de mi esposa y mis hijos, entre las comodidades que proporciona la opolencia, al abrigo de estas mis vastas posesiones en que paso las temporadas veraniegas, pienso con honda melancolía cuán poco me sirvió ser sabio para conseguir todo esto.

ALEJANDRO DUMÁS.

DESDE MI VENTANA.

¡Qué triste es ese vals! Suena lejano, desfallecido, lento; surge, fresco y sonoro, del piano y derrama en la clámide del viento sus notas de cristal vivas y aladas, que llegan como aves fatigadas, en busca de un asilo á mi aposento. La calle está desierta; la luna blanca, y el ambiente puro, dormida la ciudad, y en lo distante, entre penumbras la ventana abierta, como una maucha roja y fulgurante en la medrosa obscuridad del muro.

Hay esplendores rápidos; chispea en medio de las sombras misteriosas, una línea de plata que blanquea los inciertos contornos de las cosas. En el confín remoto centellea la cúpula del templo, erguida y alta, y tras la curva rígida del monte una serena claridad esmalta la palidez azul del horizonte.

¡Qué triste es ese vals! Y con qué anhelo escucho su cadencia fugitiva mientras se pone mi alma pensativa á contemplar el cielo.

Me hundo en un mar de sueños imposibles, olvido el libro que en la mesa abierto me convida al estudio, y oigo armonías, dulces y anclables, cual si tocasen harpas invisibles un celestial preludio

Besos que estallan y el aire espiran; alas que tiemblan y el follaje rozan; oíd; son mis recuerdos que suspiran; oíd; son mis tristezas que sollozan. Ese es el mismo vals que nos decía: "El alma en primavera tiene efluvios que no tornan, amaos todavía; la dicha pasa y el dolor agobia"..... y yo besaba los cabellos rubios y los ojos azules de mi novia.....

LUIS G. URBINA.

DE "ACUARELAS"

Sobre la sierra, henchida de místico sosiego, se levantó la luna, cual círculo de plata; y hacia el ocaso, tinto de vida escarlata, un nubarrón difunde su resplandor de fuego.

Muy lejos, en la cuesta de la húmeda cañada, en donde el blanco esplende de la tranquila aldea, la esquila de la iglesia, que mira al sol, voltea, y vibra en el ambiente su limpia campanada.

Es la oración: Al cielo los refulgentes ojos, y en medio á la llanura, sombría y solitaria, como una mariposa, palpita la plegaria de la pastora núbil entre los labios rojos.

En torno de ella, blanco, como plumón de nieve, y bajo el triste cielo, de sin igual pureza, dormita ya el rebaño, doblando su cabeza, y hundido en los gramales, como en alfombra leve.

La racha del invierno, que el fértil valle airea, pasa, rizando apenas el vellón del ganado, y clama la pastora, los ojos al poblado. "¡felices los que duermen en la tranquila aldea!" México, Agosto de 1898.

JOSÉ BECERRA.

A una artista.

Cuando tocan el lienzo tus pinceles,
Dignos hijos de Apeles,
Quisiera ser el vago colorido
Que fijas en el lienzo á tu pintura,
Por copiar tu hermosura
Y con ella quedar ahí prendido.
Cuando pasas tu vista por las flores
Y admiras sus colores,
Quisiera ser la luz que rebervera
Tonos en lirios y botones rojos,
Para besar tus ojos
En un beso dejando el alma entera.
Cuando lees y vuelves descuidada
Tu angélica mirada
Al cielo azul, un átomo disperso
Quisiera ser flotando al infinito,
O el magistral escrito
Que en tu cerebro vibra verso á verso.
Ser sol para dorar tu cabellera;
Aura de primavera
Para besar tu mórbida garganta;
O cuando el alma con amor se inspira.
Al eco de mi lira,
Humilde vate que te adora y canta.

HERIBERTO AGUIRRE Y FIERRO.

COSAS BLANCAS.

Y las pálidas notas que gemían sollozando morían; y otras notas despues cual las primeras sus alas ateridas entreabriendo, eran besos de tibias primaveras, caricias de esperanzas prisioneras que quieren luz, y que se están muriendo.

Adios... adios... en su dolor decían, y luego se morían, y mi espíritu enfermo y abatido, se arrojaba llorando en el pasado, por el mar sin riberas del olvido, sintiendo sueños que ya había soñado, al ver abrirse el misterioso nido de aquel amor ideal que había cantado.

Entre tanto su mano jugaba con las teclas del piano, y al escuchar, tal vez, e alma mía me dijo en esas notas desmayadas, los sueños que al pensar en mí sentía, y también al besarla mis miradas.

Y el piano ensordeció; y á su ventana me acerqué temeroso y la miré y le hablé..... lanzó un sollozo; su rostro blanco se tiñó de grana, y sus ojos miré con tal fijeza, que ella bajando la imperial cabeza con voz apasionada me decía: yo también te quería, y también como tú, tenía tristeza.

Y tuve que partir... volvió su mano á jugar con las teclas del piano, mas ya en sus notas trémulas decía algo tan dulce, celestial y suave, que tan solo mi espíritu sabía y que su alma, la hermana de la mía cuando delira y sueña también sabe.

MIGUEL E. PEREYRA.

Es una fortuna para un joven que su padre sea hombre célebre; pero es más raro y satisfactorio para un hombre célebre que su hijo valga más que él.

**

Literatura.—Un arte del que la democracia hace un oficio.

BERGERAT.



ASUNCION SAURI.

Chonita, como se la llama cariñosamente en el mundo del arte, aunque penetra apenas en la senda florida de la juventud, ha pasado ya por el templo de la gloria.

Vestía corto cuando vino á México y se inscribió como alumna del Conservatorio Nacional de

ri no era ya una esperanza del arte sino arrebatadora realidad.

Apenas terminados aquí sus estudios, Chonita hizo un viaje triunfal á Europa, donde recibió lecciones de los mejores maestros, y aun tocó, acompañada de algunos de ellos, en audiciones particulares y públicas, pero nunca en funciones de paga, pues como goza de una desahogada po-

sición pecuniaria, sólo luce sus habilidades artísticas, ó gratuitamente ó cuando los productos son para obras de beneficencia.

En su trato familiar, Chonita es afable, jovial, hacendosa y de gustos inocentes y sencillos: toca el piano con perfección y canta de un modo delicioso y expresivo. de preferencia, las canciones regionales: *couplets* franceses, baladas escocesas, *canzonetas* napolitanas, malagueñas y peteneras españolas y danzas cubanas.

Todo con naturalidad encantadora, como para divertirse y divertir á los que la oyen, sintiendo y haciendo sentir.

Cuando toma el violín es otra cosa; cesa de reír porque va á officiar, y se pone de pie con el cuerpo erguido y la frente alta como una inspirada. El violín y el arco en sus manos, no parecen objetos inanimados, sino complemento de su persona, algo que vive y palpita con ella, por ella y para ella, algo sobrenatural de donde irradia una aureola.

Se la oye con recogimiento y se la contempla en éxtasis: aquellos ojos grandes y claros parece que al través de los espacios están mirando algo del mundo de los ensueños; y que de allá, de muy lejos, donde viven las almitas de los niños que se fueron, y donde flotan los besos de los amores inmortales y las lágrimas de los dolores supremos, de allá vienen esas notas, esos ayes, esas risas, esas armonías que pasan del arco al violín, y que impresionan profundamente á la artista.

Ahora, Chonita que regresó hace poco tiempo de Paris, se ha dedicado á la enseñanza de su arte, y abrió en Mérida una academia con el concurso de los más notables músicos de la capital yucateca.

De desearse es que los discípulos alcancen el mérito artístico de la joven profesora.

¡POR UN MARIDO!

NOVELA ORIGINAL DE MARC DE CHANDPLAIX—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 11

Oh! si Juan se arrojara sobre ella! si la apretara entre sus brazos pidiéndole perdón ¿lo rechazaría? ¿no se secarían muy pronto esas lágrimas, esas lágrimas de despecho y de ira que más bien eran del pensamiento que no del sentimiento?

Hizo ademán de arrodillarse y avanzaba ya sus manos conmovidas y trémulas para separar del rostro de la joven los dedos afilados y blancos con que se cubría los ojos, cuando el Doctor, en quien ninguno de los dos se fijaba desde hacía rato y que sin decir palabra había con mano hábil y ligera terminado la curación, se levantó y apartó bruscamente al Comandante.

—Déjela usted, le dijo con autoridad: aléjese un momento. . . . ó permanezca aquí si quiere, pero en la sombra, de modo que ella no vea á usted desde luego al volver en sí.

Y como Juan se resistiera, añadió:

—¿No ve usted que está desmayada?

Por un sentimiento de celos, Juan que no habría querido que Lerbon pusiera las manos sobre la joven, exclamó:

—Dígame usted lo que hay que hacer y yo la cuidaré.

—No hay que hacer nada: es joven y vigorosa y pronto sin auxilio alguno, recobrará los sentidos.

—¿Y la herida?

—Eso tampoco es de cuidado: un arañazo como ella misma dijo y que tiene todas las trazas de haber sido hecho expreso y por su propia mano.

—Por su propia mano, una herida en el pié, y con qué fin?

—¿Qué sé yo! contestó secamente Lerbon.

Luego, como si estuviera muy tranquilo, él que acababa de pasar por tan dura prueba, viendo destruidas para siempre sus esperanzas, y como si hallara placer en deslizar nuevas dudas en el espíritu del Comandante, agregó:

—¿Quién sabe? Tal vez para hacerse interesante. . . pero seguramente no tardará en decirnoslo ella misma.

Juan se encogió de hombros y fué á sentarse del lado por donde estaba la cabeza de Nelly, lejos de ella; con las manos apoyadas en las rodillas, inmóvil y sin apartar sus ojos del diván, en tanto que el Doctor, grave y sereno, impartía los auxilios facultativos con el mismo ademán con que lo habría hecho junto á la cama de un hospital.

A poco, Nelly abrió los ojos y preguntó

—¿Dónde está él?

Luego estrechando la mano al Doctor, prosiguió:

—Usted es bueno, Señor Lerbon y le vivo muy agradecida. Pero ¿dónde está Juan? Quisiera verlo, porque aún me queda algo que decirle y ahora estoy calmada, tranquila, no tema usted.

Juan se presentó y dijo conmovido:

—Perdóneme usted Nelly, olvide mis palabras. . . .

Ella le interrumpió:

—No quiero ni puedo olvidarlas, y usted mismo no las olvidará jamás. Observe usted que le creo capaz de volver otra vez dentro de tres meses á ofrecerme su mano. En esta convicción, le advierto que tengo demasiado orgullo para aceptar un marido de quien he perdido de antemano el amor. Sí: yo quería en verdad un marido, pero soy mucho más exigente todavía de lo que usted se ha imaginado: quería además su amor y no tenía en cambio más que amor para darle. Mientras usted se conservó persuadiéndome de que me amaba un poco, yo creía y con toda sinceridad, que amaba á usted igualmente. Ahora ya no

lo creo y los móviles secretos que me impulsaban se me aparecen con más claridad aun que á usted. . . ya ve usted que no puedo llevar más lejos mi franqueza y que estoy resuelta á no volver á ver á usted nunca más. . . Si estuviera en mi casa le suplicaría á usted que saliera, pero como estoy en la de usted, no me queda más que el recurso de retirarme yo. ¿Quiere usted facilitarme los medios para que lo haga?

—Nelly: se lo suplico á usted no me abrume. Es imposible que nos separemos así. Ya reflexionará usted con calma y será más justa, y comprenderá mis temores, mis vacilaciones mismas que no nacen sino del amor.

Ella le interrumpió con arrebato.

—Miente usted! No es el amor el que le liga conmigo, sino la culpabilidad de una falta, cuyo peso es demasiado para usted. . . Sea, asumo la responsabilidad completa. Equivoqué el camino y sabré soportar con entereza las consecuencias de mi error.

Luego, cambiando de tono y dulcificándose:



—Perdóneme usted esta escena, Comandante, y usted también Doctor querido; no conjuga con mi carácter y habría querido evitarla.

Por eso fué que después de haber oído la conversación de ustedes fuí al baño y me herí el pié de propósito y con cuidado de hacerlo ligeramente pues eso explicaría mi actitud, mi emoción y daría un pretexto para irme á casa sin tardar. No habría dicho nada; habría dejado partir el barco y luego habría escrito á usted que renunciaba al matrimonio por haber hecho otra elección, á Mr. Tomás Pool, por ejemplo, á quien me parece que no le soy indiferente. Pero esto era demasiado heroico y he sentido algún alivio explicándome con franqueza. Adios. . . Ya es usted libre otra vez; pero quedará vengada (sin desearlo) porque no me olvidará usted nunca y sufrirá buscando en vano amor que le consuele.

Luego, tranquila en apariencia se inclinó, calzó su pié con una pantufla que le trajo Lerbon y dió algunos pasos para ver si podía andar bien: El Doctor preguntó:

—¿Me permite usted, Comandante, mandar botar la lancha?

—Como ustedes gusten, contestó Juan secamente.

En efecto, se sentía aliviado al recobrar la li-

bertad, pero aun no se apagaba su amor por tanta juventud y tanta hermosura de que hacía gala Nelly y devoraba un dolor mezcla de remordimientos, vergüenza y celos. Luego le invadía cierto terror comprendiendo que ella tenía razón, que habían concluido para sí las últimas ilusiones y entraba solo y abandonado al desierto de la vejez.

Y daba vueltas alrededor de Nelly, triste, humillado, inclinada la cabeza, como un vencido, demasiado conmovido y agitado para poder hablar.

Nelly frente al espejo se ponía lentamente su sombrero en la misma posición en que Juan la admiró el día que fueron juntos al banquete de Ambohimarina. Volvió la cabeza á tiempo que él levantaba los ojos y ambos cambiaron una mirada profunda en la cual pareció brillar un relámpago de amor, de arrepentimiento, de reconciliación, pero en el instante se apagó á la presencia de un marino que entró y dijo:

—Lista la lancha, Comandante.

—Bien: contestó de Chalmont.

—¿Viene usted conmigo? dijo Nelly al Doctor.

Lerbon que ya había dado órdenes al criado para que desembarcara todo su equipaje, ofreció el brazo á la joven.

Juan se acercó entonces tendiendo la mano.

—Nelly, dijo, perdóneme usted si realmente me ha amado como la he amado yo y como la amaría siempre sin la duda que me atenaceaba el corazón. Hoy hemos hablado bajo el choque de emociones violentas y hemos ido más allá de nuestros pensamientos; pero toda la amargura contenida en nuestros corazones ha salido ya, y la franqueza y la generosidad de usted me dan para el porvenir esperanzas superiores á las pruebas más palpitantes de amor que pudiera ofrecerme. Después de lo que me ha dicho usted no tengo derecho para hablar de esperanzas, es verdad, pero si dejamos al tiempo el cuidado de calmarnos podíamos entendernos mejor. Parto mañana en la tarde. Autoríceme usted á escribirle y será franco, se lo juro, esperando que usted será franca también cuando me escriba. Autoríceme usted también á verla antes de mi partida.

Nelly que estuvo á punto de contestar largamente, vaciló y después decidiéndose á estrechar la mano de Juan dejó caer solo estas palabras.

—¡Hasta la vista!

El día siguiente era el último que debía pasar en Mohelia el *Colibrí*. A las cinco de la tarde se embarcaría el Sultán, á las once zarparían y al ponerse el sol del otro día se quedaría en Anjouan el rey destronado. Era probable, que Juan no volvería nunca á Mohelia, esta isla embalsamada que nunca le había parecido tan bella como al contemplarla por última vez.

A lo lejos, sobre una colina, podía distinguirse desde el barco, la vasta fábrica de Mr. Tomás Pool, sus inmensos plantíos de caña de azúcar, de un verde claro y fresco, sus bosques profundos y un riachuelo argentado que venía á desembocar en el mar.

¡Qué dicha podía alcanzarse en esta isla, tan lejos de las exigencias mundanas, con Nelly por compañera, á ser posible romper de golpe con todo un pasado, una educación, costumbres adquiridas y gustos creados!

¡Cuánto daría Juan por encontrarse en lugar del filósofo Tomás Pool.

Sí: la dicha estaba allí sin duda, á condicio-

de no dejar nunca este país, de conservar á Nelly en este medio tan propicio á su independencia, en este cuadro de inmarcesibles verduras que convenía tanto á su gracia de hija de la naturaleza como ella se llamaba á sí misma.

Lerbon, comprendiéndolo había pensado llevar á Nelly á las Seychellas que son muy semejantes á Mohelia.

Pero en Francia eso no es posible. Toda la noche Juan lo había pensado así con dolor y veía que tan cruel situación solo tenía un recurso, huir sin piedad y vivir (ay! eso sí) con remordimientos.

Los dos cañonazos que se disparan á bordo todas las mañanas á tiempo de enarbolarse la bandera de popa, vinieron á arrancar á Juan de sus penosos reflexiones. Se volvió hacia la bandera, le hizo el saludo militar, y luego no pudiendo decidirse á esperar más, hizo botar al agua la chalupa y se embarcó rápidamente.

La víspera, en el momento de la separación, le había sorprendido la calma de Nelly y hasta sintió el temor de que esa calma fuera precursora de alguna escena violenta que hiciera terminar en tragedia la comedia que él le había reprochado. Felizmente el Doctor la acompañó hasta su casa y sin duda la vigiló con solicitud.

Por otra parte, debía aún conservar esperanzas, pero todo era de temerse en su espíritu romanesco, y esta sospecha apenas iniciada por la noche llegó á tomar con el curso de las horas cuerpo de positiva preocupación.

Y se apresuraba empujado por los presentimientos más sombríos. Al llegar á los plantíos, distinguió á Mr. Tomas Poole en compañía de su Administrador Stephenson y moderó el paso para calmar las palpitaciones de su corazón. También los ingleses le vieron y avanzaron hacia él con la sonrisa en los labios preguntándole con mucha corrección á qué debían el honor de una visita tan matinal.

Esta sonrisa y esta acogida, tranquilizaron á Juan desde luego, y explicó, aunque con cierto embarazo que habiéndose lastimado el pié Nelly la víspera, había tenido prisa de saber como estaba; que además iba á zarpar esa misma noche y había temido que sus ocupaciones del día, le impidiesen despedirse del Mayor.

Stephenson se manifestó muy agradecido, dió al Comandante un vigoroso apretón de manos, y de acuerdo con Mr. Tomás Poole propuso en el acto dirigirse á la habilitación donde se tomaría un *gin-cock-tail* al abrigo del sol bajo el cobertizo adornado de flores.

En cuanto á Nelly su herida no tenía importancia, pero en estos países pantanosos la menor fatiga trae algo de fiebre y el Doctor ordenó reposo y dieta. Y vea usted lo que había sucedido! el excelente Doctor con gran alegría de Mr. Tomás Poole había decidido plantar su tienda en Mohelia á fin de terminar en la isla sus estudios sobre las arañas. Era, para el país en general, una fortuna esta resolución, y un especial placer para Mr. Poole y su administrador contar con tan buen amigo y tan buen médico cerca.

Como mientras se hablaba de esto Lerbon había llegado, Juan le estudiaba la fisonomía y le preguntó con ansiedad.

—¿Cómo sigue la señorita Nelly?

—No muy mal, no muy mal, respondió el Doctor tranquilamente. Espero que en ocho días quedará enteramente curada.

—¿Cómo! ocho días... exclamó de Chalmont. Estos señores me decían hace un momento...

—¿Se habrá agravado de pronto? preguntó solícito el Mayor.

En cuanto á Mr. Tomás Poole, era demasiado correcto para dejar ver sus sentimientos y se conformó con dirigir á Lerbon una mirada interrogadora.

—Sí, prosiguió éste. Ayer tarde pensaba yo que una noche de reposo bastaría, pero en estos países cálidos no hay seguridad alguna y nunca son exageradas las precauciones. Esta mañana ví á la enferma y noté que la fiebre no ha cedido sino más bien aumenta algo con un poco de delirio. Pero tranquilícese usted, Señor Stephenson, no hay gravedad y respondo de ello, con tal de que la señorita sea obediente.

Figúrense ustedes que se había encaprichado en levantarse hoy! pero al fin la hice entrar en razón; y después de una bebida calmante está durmiendo ahora como un niño. Como es muy nerviosa, interesa sobre todo evitarle emociones,



añadió dirigiendo al Comandante una mirada rápida.

—Oh! se resolvió á decir Mr. Tomás Poole en su jerga anglo francesa; aquí la fiebre no es peligrosa. Estoy tranquilo.

—¿Y si trajo la malaria de Madagascar? preguntó Stephenson.

—Es probable, dijo el Doctor.

Llegaron al cobertizo y se prepararon los *cock-tails*.

Juan habría querido informes más completos; sospechaba que el Doctor no decía toda la verdad pero no se atrevía á hacer más preguntas.

—Quedo muy apenado por no haber visto á la señorita, dijo Juan, y ruego á usted, Mayor, le exprese mi sentimiento. Escribiré á ustedes desde Madagascar.

—Será muy grato para nosotros, contestó Stephenson acabando de hacer sus mixturas.

—En cuanto á usted, Doctor querido, prosiguió Juan, quedará muy reconocido si me lleva usted á bordo noticias de la señorita Nelly en el resto del día.

—Iré con mucho gusto, pero aseguro á usted que no hay peligro alguno.

—Tanto mejor, dijo Tomás Poole que buscaba una frase. A la salud, pues, de la señorita y á la de usted Comandante.

Juan pretextó la necesidad de dar algunas órdenes y se despidió de los ingleses. Luego volviéndose á Lerbon le dijo:

—¿Me acompaña usted hasta el muelle?

—Iba á proponérselo á usted.

—Nosotros también, dijeron Stephenson y Tomás Poole.

Pero Juan les suplicó que no dejaran sola á la señorita y entonces ya no insistieron.

Cuando el Doctor y Juan ya estaban lejos, éste preguntó:

—¿Deveras no hay temor? ¿La fiebre es ligera?

—No hay temor.

—¿Y la herida?

—No es nada. Lo que tiene es la emoción, la exaltación del corazón y la tensión nerviosa. Ama á usted y á la vez lo detesta profundamente, de modo que no se comprende lo que pasa en su espíritu. Esta mañana tuvo una crisis: primero quería ver á usted y luego ya no. Ayer hasta tuve miedo de que se suicidara y le quité el famoso perfume indio que es un veneno. Tiene uno de repente esos temores pueriles: pero eso no está en su temperamento. No pienso lo que hará...

Seguramente olvidar y tal vez pronto. ¡Es tan impresionable! pero yo, ya no me casaré con ella.

De Chalmont fijó una mirada sobre el Doctor y su cara expresaba una tristeza tan profunda, un dolor tan sincero que se conmovió á pesar del lado risible que presentaba esta pena.

—¿Me perdonará usted?

—La amo tanto, que si se casara usted con ella, le perdonaría.

Juan guardó silencio.

—Pero, prosiguió Lerbon ¿quién sabe? Tal vez sea sincera al rechazar la mano de usted. No venga usted á verla esta tarde porque sería inútil, ni le escriba. Tenga usted esta carta que me dió para usted.

La carta decía:

«No me escriba usted antes de recibir carta mía. Yo le escribiré á usted dentro de dos ó tres meses antes de que parta para Francia ó antes de que vuelva usted aquí.»

NELLY.»

Juan enseñó este billete al Doctor como para pedirle su opinión.

—Ya lo leí dijo el Doctor, y no lo he comprendido.

Después, sin hablar siguieron caminando.

Cuando llegaron al muelle Juan preguntó á Lerbon.

—¿Y usted me escribirá?

—Se lo prometo.

Y sin añadir una palabra se estrecharon efusivamente las manos, conmovidos al separarse y tratando de ocultar su emoción.

Prince había venido nadando en busca de su amo y acababa de llegar, y si los dos franceses hubieran seguido la dirección de su mirada inteligente, habrían tal vez distinguido en una ventanilla de la casa de Mr. Tomás Poole á Nelly, apenas vestida y fijando sus ojos en el lejano *Colibrí*. Ojos fijos, inmóviles, vacíos de pensamientos y llenos de lágrimas.

Nelly no dejó la ventana hasta que perdió de vista la chalupa en que se embarcó Juan. Luego observó que el Doctor regresaba, y se enjugó las lágrimas y se metió apresurada en el lecho.

Algunos minutos después oyó que llamaban á su puerta.

—Entre usted, dijo.

No era el Doctor sino Mr. Tomás Poole, que dijo con mucha timidez:

—Perdóneme usted, señorita, que haya entrado así, pero el Doctor nos dijo... y estaba yo tan inquieto.....

Un poco sorprendida Nelly observó detenidamente al *gentleman* y tendiéndole al fin la mano le contestó con acento de política banal muy frío:

—Es usted muy amable, señor, pero no esperaba la visita de usted sino acompañado de mi padre ó del Doctor. Estoy mejor, y espero podré salir mañana.

Muy mortificado el inglés se excusó:

—Perdóneme usted: el Doctor está ausente, el Mayor duerme, y temí que necesitara usted algo. ¿Podría ser útil á usted?

—No, gracias, contestó ella secamente.

—Siguió un pesado y desconcertador silencio que Mr. Poole se decidió por fin á romper.

—¿Está usted contenta aquí, señorita?

—Mucho.

—Eso me hace feliz, muy feliz, exclamó Mr. Pool con energía. Adios, señorita Nelly.

—Adios contestó ella siguiendo con los ojos al tímido *gentleman* que se alejaba poco á poco como apesar suyo.

Pero los ojos de Nelly ya no tenían la atonía del dolor.

Había tornado el pensamiento; y si los envolvía aún el velo de la tristeza, brillaban sin embargo como esas estrellas que emergen del seno de las nubes en un cielo de tempestad.....

IX

EPEIRA MAURICIA.

El Doctor cumplió su palabra. Poco después de la partida del *Colibrí* escribió á de Chalmont una carta bastante breve para tranquilizarlo respecto á la salud de Nelly.

Juan contestó detenidamente diciéndole que había sido un loco, pero luego iluminado por la ausencia, había comprendido que no podía olvidar á Nelly, la cual era necesaria á la tranquilidad de su vida y al reposo de su conciencia.

El Doctor enseñó la carta á Nelly, pero la joven moviendo tristemente la cabeza dijo:

—Lo conozco mejor de lo que él se conoce á sí mismo, luego se arrepentiría de su buena acción y me la reprocharía, con lo cual uno y otro seríamos desgraciados. En estas líneas se descubre que no me ama ya, y que sólo lo inquieta el reposo de su conciencia. Si sufre, tanto mejor, yo tampoco le amo.

Aunque el Doctor cuidó de insistir y apelar á la discreción y al corazón de Nelly, nada pudo contra una resolución inquebrantable cuyo móvil no podía comprender.

Tardó pues en escribir de nuevo á Juan de quien recibió varias cartas reveladoras del mismo sentimiento, no amor irreflexivo sino tristezas, remordimientos, deseos de calmar una conciencia turbada.

Todas las enseñó á Nelly, sin obtener nunca más que la misma respuesta melancólica:

—No: todo ha terminado y yo ya no le amo. Si sufre, tanto mejor; pero un matrimonio solamente por deber, por lástima. . . . yo no quiero eso.

Una vez añadió:

—El tiempo le curará y yo ayudaré á la obra del tiempo.

El sabio Lerbon, tan hábil para adivinar el secreto de las Epeiras no comprendía nada de este, en que una mujer soltaba su presa despues de haberse dado un enorme trabajo para apoderarse de ella.

Y es que Nelly pertenecía á una raza resuelta, ambiciosa y caballeresca, cuyas prontas decisiones, apetitos y delicadezas escapaban á la penetración del sabio Doctor. Nelly amaba á Juan, le había ido amando poco á poco, y al verle sufrir la piedad y el desconsuelo de no poder hacerlo completamente feliz, habían fundado su resolución de volverle la libertad.

Y había querido más aún, y era no ser sentida, y curar bien y pronto la herida que causó, urdiendo para conseguirlo, una nueva red contra una presa que no amaba. Renunciando á conciliar la ambición y el amor, concibió un nuevo proyecto que le prometía algunas alegrías para su modesta existencia, en esta isla perdida en medio del océano, junto á su padre que la amaba tan poco y Mr. Tomás Poole á quien ella no amaría jamás.

Un día Lerbon recibió una nueva carta de Juan, muy breve, en que le anunciaba que estaba terminada ya su comisión y que dentro de tres semanas á lo más llegaría á Mohelia.

—¿Qué debo contestar? preguntó el Doctor.

La joven vaciló un momento y luego contestó:

—Esta tarde se lo diré á usted.

Por la tarde, en efecto despues de comer y

mientras su padre y Mr. Tomás Poole jugaban una partida de ajedrez, Nelly llevó al Doctor al salón y le dijo en voz baja:

—He contestado yo misma. Vea usted mi carta. Pero quiero pedirle á usted un gran servicio, mi querido Doctor: Esta carta no quiero confiarla á nadie más que á usted, y como el correo no pasa por aquí, sería necesario llevarla á Moyotta antes de tres días. Mr. Tomás Poole envía mañana su lancha de vapor á esa isla, yo quiero que lleve usted mi carta y que no la lea sino cuando haya llegado á Mayotta. Luego la pegará usted cuidadosamente y la pondrá en el correo.

Lerbon fijó en Nelly una mirada llena de preguntas, y la joven le dijo resueltamente:

—Ruego á usted que no me pregunte. En Mayotta, sabrá usted todo. Júreme no leer mi carta antes de llegar allí.

Lerbon juró, y Nelly, saltándole al cuello le besó y le abrazó tiernamente como si nunca lo hubiera de volver á ver.

Admirado por este acceso de ternura, se quedó mirando atentamente á la joven, pero ella riéndose á carcajadas le dijo:

—¡Cómo! ¿Pues qué no adivina usted?

Después volvió al comedor, besó á su padre, se despidió de Mr. Tomás Poole, que le estrechó la mano ruborizándose; y se retiró á su aposento, donde cobardemente, con los nervios sobreexcitados, se arrojó vestida en su lecho y rompió á llorar ahogando sus sollozos con el pañuelo.

Entre tanto, Lerbon anunciaba á los dos ingleses su viaje á Mayotta para el día siguiente.

—Bien Doctor; dijo Mr. Tomás Poole pero no deje usted de regresar dentro de tres días, pues tengo algo interesante que confiarle. Buenas noches, querido Doctor.

No, el Doctor no había adivinado nada y un poco inquieto por las actitudes de Nelly, no pudo resistir á la tentación de leer la carta y tan pronto como llegó á su casa la abrió, y de un sologolpe, casi sin quererlo, la leyó toda entera y quedó un momento asombrado. Después él también se echó á reír como acababa de hacerlo Nelly, y colocando la hoja perfumada en un sobre, exclamó con aire de disgusto.

—Epeira, decididamente Epeira Mauritá.

Tres días después, Lerbon puso la carta en la oficina de correos de Mayotta que la envió en el inmediato vapor á Diego Suárez. Allí el contra-maestre del *Colibri* la metió en un saco junta con

otras varias, y algunos minutos después la entregó al Comandante.

En cuanto al Doctor Lerbon, no regresó ya nunca á Mohelia sino que escribió á Mr. Tomás Poole, que acababa de recibir malas noticias las que le obligaban á partir para Francia inmediatamente.

He aquí lo que decía la embustera cartita perfumada:

“Comandante:

“Usted que alguna vez me acusó de faltar á la sinceridad, no podrá ahora dirigirme el mismo reproche. Mr. Tomás Poole es mi amante, pero dentro de quince días ya estaré casada con él.

NELLY.”

¿Por qué mentía así?

No: no había sido tan tonta para caer en una nueva falta, y precisamente por eso iba á ser esposa del rico propietario inglés.

¿Por qué pues había mentido? ¿Para lastimar á Juan más cruelmente ó para curarlo más pronto como hace el bisturí con ciertas llagas profundas?

Juan leyó y releó esta carta en la cual creyó enteramente y quedó abrumado, como si hubiera recibido una puñalada, pero su abatimiento no fué de larga duración. Se levantó, arrojó al suelo la carta con un gesto de disgusto y lanzó un juramento; luego la recogió, la desgarró en pequeños fragmentos y la arrojó al mar. . . . al mar que amaba tanto y del que no se separaría ya. . . .

Prince seguía con ojo inquieto todos los movimientos de su amo, y Juan al fin hubo de notar lo. Entonces se miraron fijamente los dos. Juan lloraba.

Se acordaba del amor, entrevisto por última vez acaso, en la cumbre de Ambohimarina, y de sus pasajeras ilusiones, pero el despecho secó pronto esas lágrimas egoístas y se quedó contemplando estas tierras de Madagascar que presenciaron su falta y que en breve iba á abandonar.

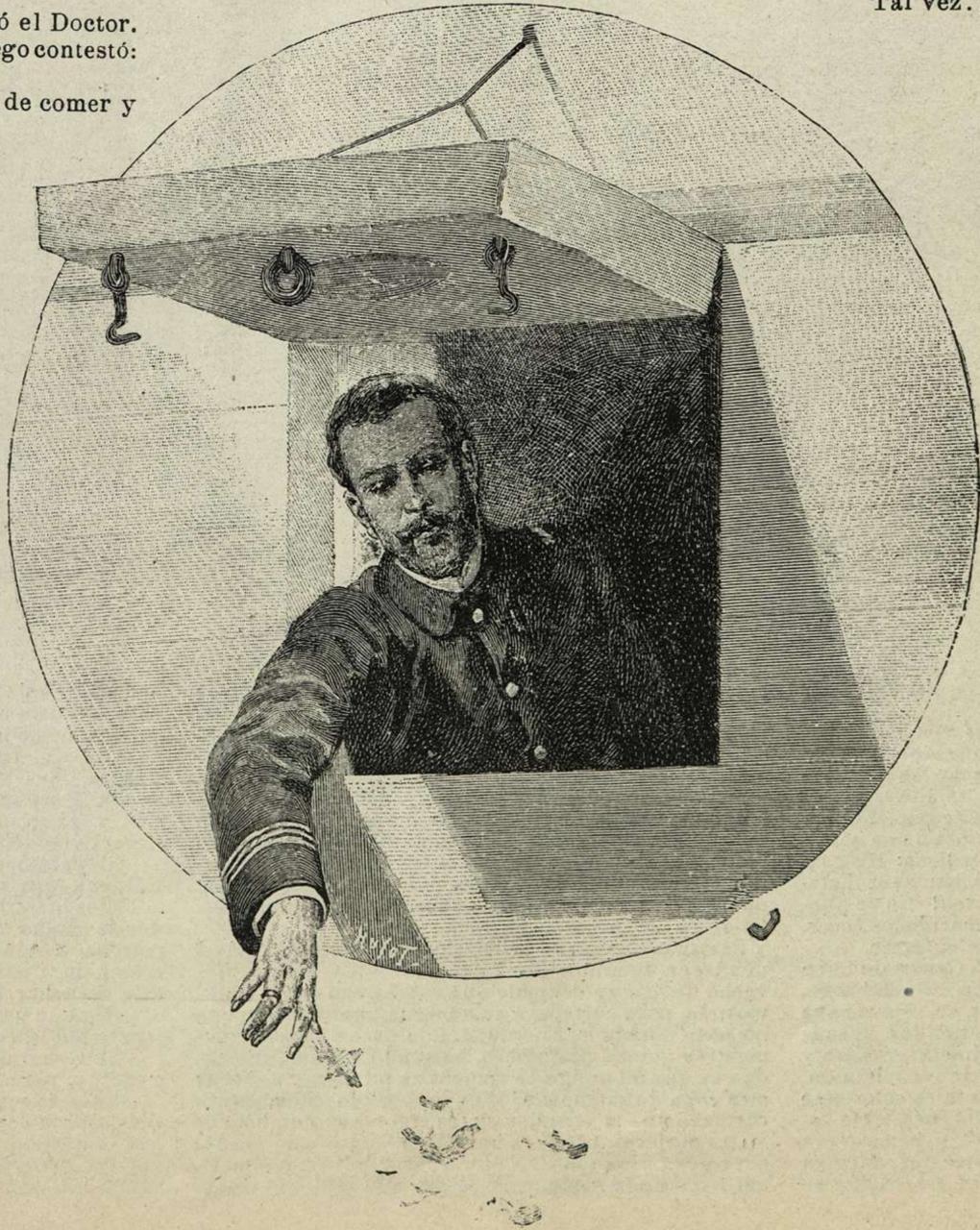
La noche se aproximaba: la brisa estaba dormida y las olas soñolientas, y Juan sentía apaciguarse su corazón con una impresión de bienestar que no sentía desde hacía mucho tiempo. . . . y con la idea de volver á Francia, una nueva esperanza aparecía en su alma cintilando como esa estrella pálida que por las tardes aparece de improviso en el cielo.

Y Nelly ¿alcanzaría algún día la felicidad?

Tal vez. . . .

MARC DE CHANDPLAIX.

FIN.



REMINISCENCIAS.

En una habitación apartada, donde apenas llegaba el rumor de las cadencias de la orquesta, habían buscado refugio varias personas, que ya por su edad, ya por fastidio, huían del baile. La conversación era general en los grupos de las mamás, que procuraban por este medio engañar el sueño. Hablaban de casamientos, de males del último escándalo de la fulanita, de la carestía de los viveres y otras banalidades por el estilo, base y fundamento de la charla de nuestras burguesas americanas. En uno solo de los corrillos parecía reinar buen humor, según eran de frecuentes las risas discretas de las personas que lo formaban, siendo de notarse que todas ellas eran por lo menos cuarentonas.

Voy á referir á ustedes—decía el General Pérez—un lance amoroso de que fué protagonista un amigo mío muy querido, hace más de veinte años. El asunto tuvo por cuadro el lindo puerto de Puntarenas, el cual se hallaba por ese tiempo en todo su esplendor comercial. Ese amigo mío á quien llamaré Carlos, y yo vivíamos en aquel entonces allí, con la esperanza de hacer fortuna. No lo pasábamos del todo mal, trabajando mucho y divirtiéndonos como Dios manda. Sobre todo, en la temporada de los baños, allá por los meses de Febrero y Marzo. El año 65, si mal no recuerdo, fueron muchos los bañistas que ocurrieron del interior de la República, á secar al amor de aquel sol de fuego sus miembros entumecidos por la humedad de seis meses de lluvia. Apenas nos alcanzaba el tiempo para gozar; un día era un baile, otro una gira ó una expedición por el golfo de Nicoya de sin rival belleza, con sus verdes islas y su mar de zafiro, todo poblado de alegres y juguetones delfines.

—General, está usted poetizando—interrumpió una dama.

—Siempre que hablo del golfo de Nicoya me sucede lo mismo—replicó el militar. Aquello es una maravilla. Pero vuelvo á mi aventura, ó mejor dicho, á la de mi amigo Carlos. Sucedió que entre las muchas hermosas bañistas que concurrieron aquel año á Puntarenas, había una que era un portento. ¡Qué mujer, Doña Soledad, qué mujer! ¡qué talle así (y el general formó un círculo con los dedos índice y pulgar de sus manos); unos dientes más lindos que las perlas del golfo, y unos ojos... no hallo cómo pintarlos, en fin grandísimos, negros como dos cajas de betún.

—¡Vaya una comparación!

—Qué quiere usted, así me lo parecieron, y á mi amigo Carlos también, que todo fué verlos y enamorarse locamente de... ya no recuerdo cómo se llamaba su dueña. La pasión de Carlos era criminal, como se dice en los dramas, porque la bella era casada; sí señores, casada con un caballero gordo, rico, de muy buen apetito, en fin toda una persona decente, pero á mi juicio indigna de poseer semejante alhaja. A pesar de esto, era ella tan recatada, su porte revelaba tanta madestia y virtud que bastaba á descorazonar al mismo Lovelace. Carlos, no pudiendo hacer otra cosa mejor, se limitó á adorarla en secreto, sin dejar por esto de enderezarle sus baterías.

Bien pronto, merced á sus delicadas atenciones, logró captarse la buena voluntad del marido y un poco también la de ella. El pobre muchacho se desvivía zaqueando la ciudad á caza de frutas, flores y conchas, para obsequiar á su amada; y era completamente feliz cuando ella le decía, ahuecando en una sonrisa los divinos hoyuelos que tenía en la boca: Mil gracias por los marañones que nos mandó usted ayer. Estaban ricos. O si no: ¡Qué amable en usted! No se puede imaginar cuanto le agradeció mi marido los cocos. Cuatro se ha comido hoy; temo que se enferme.

Cualquiera frase de estas ponía á Carlos de buen humor por veinticuatro horas lo menos. Sin embargo, durante sus largas noches de vigilia, se reprochaba amargamente su tontería, su ridícula timidez, apenas propia de un adolescente. Entonces hacía grandes y arriesgados proyectos. Si él la hablaría resueltamente, declarándole su loca pasión; y con tales colores se la iba á pintar, que á menos de ser ella insensible como una piedra, habría de ablandarse. Pero todo era encontrarse á su lado, que sus planes se desvanecían como el humo azul de un cigarro. Su resolución se

estrellaba contra aquella carita de madona, que respiraba honradez y virtud; le temblaban las piernas, se le enumia la lengua... vamos que el muchacho tenía menos ánimo que una colegiala.

Así las cosas llegó el día señalado para una excursión por el Estero. A las cuatro de la tarde, calmados en parte los rayos del sol, nos embarcamos en cinco lanchas de buen tamaño. Atravesamos rápidamente la parte ancha del estero, pero al llegar á los canales continuamos bogando con mucha lentitud. Yo no he estado nunca en Venecia, pero dudo mucho que sus canales famosos superen á los del Estero de Puntarenas; porque si bien es cierto que éstos carecen de palacios, reemplázanos con ventaja los más ricos dones de la naturaleza. Juncos, palmeras y helechos crecen allí con extraordinario vigor, en los árboles frondosos y corpulentos, se anidan orquídeas multicolores, y los arbustos se pliegan en busca de frescura, metiendo las ramas dentro del agua. Cada vez que dábamos vuelta á un recodo, hacíamos huir á una bandada de garzas; blancas como algodón las unas, grises ó color de rosa las otras, que luego se iban

narse, porque la obscuridad se nos venía encima, con esa rapidez con que se oculta y aparece el sol en los trópicos. Carlos tomó asiento al lado de ella, en la última lancha, mientras el marido, muy chispo, se empeñaba en quitar el remo á uno de los bogas. Alborotó un rato por la negativa del hombre, quedándose después profundamente dormido.

A la bulla y algazara de la fiesta, sucedió el silencio. Todos callaban, adormecidos por el suave balanceo de las embarcaciones y el rítmico golpear de los remos, que hacían brotar placas azulosas cada vez que herían el agua. De las orillas llegaban á bocanadas efluvios preñados de aromas tropicales entre los que dominaba el voluptuoso perfume de las resedas. Apenas podían distinguirse ya en la penumbra las manchas negras de las embarcaciones que iban delante; los sonidos de la marimba se oían cada vez más distantes, Carlos contemplaba á su hermosa compañera que parecía absorta, y cerraba de vez en cuando los ojos como persiguiendo una visión. Pasado un gran rato, ella se puso á mirar las luces que ponían los remos en el agua, y curiosa de probar el efecto

por sí misma, intentó golpearla con la mano. Carlos se la arrebató, diciéndole en voz baja y apasionada: «Es mucha imprudencia; estas aguas están llenas de tiburones.» Ella no contestó nada, ni tampoco retiró la mano que Carlos conservaba entre las suyas. Entonces de sopetón, sin preámbulo alguno, Carlos se lo dijo todo: su amor insensato, sus penas, sus esperanzas. Ella temblaba, mirándole con sus ojos negros, que resplandecían en la noche con un destello aterciopelado y lleno de caricias. Un sacudimiento de la lancha les anunció que habían llegado. Carlos, ebrio de pasión, murmuró una súplica á su oído; ella procuraba resistir, negar lo que su amante le pedía, no sé qué de ventana abierta á media noche; pero en el momento de saltar á tierra, contestó que sí con voz desfallecida, casi angustiada.

Pero veo—continuó el general, que esta historia se ha hecho demasiado larga y voy á procurar abreviarla. El resultado fué que mi amigo Carlos obtuvo una cita para aquella noche. Ya supondréis si estuvo puntual á la hora convenida; pero el pobre se encontró con la ventana cerrada. Tocó discretamente para anunciar su presencia, y por toda respuesta obtuvo los vigorosos ronquidos del dichosísimo marido. «Vamos, pensó el burlado seductor, ya pasó la primera impresión.» A la mañana siguiente, la bella había desaparecido.

—Esa historia que acaba de contar el general—interrumpió, con sorpresa de todos, una señora que había intentado marcharse al principio de ella, y á la cual llamaban María—me fué referida en aquella misma época por la persona á quien ocurrió y que ya no existe. De manera que la conozco tan bien como el general, y tal vez mejor. Voy, pues, á rectificar su desenlace, que ha sido un tanto alterado por su narrador, el cual en todo lo demás se ha ceñido á la más estricta verdad. Esa pobre amiga mía, que estuvo en un tris de dar un mal paso, llevó su locura al extremo de dejar su ventana abierta, como lo había prometido; pero el seductor, á no dudarlo, compadecido de su debilidad é inexperiencia, pues apenas tenía veinte años, no acudió á la cita. Después de este lance desgraciado, arrepentida y abochornada de su conducta, mi amiga fué siempre modelo de honradez.

—Si fuéramos á cenar; son las dos—dijo alguien. Buena idea, respondió el General, poniéndose de pie. Todos hicieron lo mismo, encaminándose al salón donde estaba dispuesta la cena. El general cerró la marcha, dando el brazo á la señora que le había interrumpido. Cuando se convenció de que nadie les podría escuchar, le preguntó al oído:

—Dígame usted la verdad, María, ¿es cierto que dejara usted la ventana abierta?

—Sí, General; y toda la vida he de agradecerle su generoso proceder.

—Pues no me agradezca usted nada, porque las cosas pasaron como las he referido. Sin duda equivoqué la ventana. No era la segunda vendiendo hacia el mar?

—No, general, la tercera; esa otra era la de mi marido.—RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA.



LA MUSA DEL DOLOR.

más allá á continuar la frasca interrumpida. El sol se había hecho inofensivo por la espesura de los follajes. De repente vibró en el aire una nota clara, penetrante, pero al propio tiempo llena de dulzura y voluptuosidad; era la voz sonora de la marimba, compañera indispensable en las fiestas puntarenenses. Un grito espontáneo de alegría saludó al popular y bullicioso instrumento; habíamos llegado al término de nuestro viaje, un precioso rincón cubierto de césped y entoldado por una enramada de palmas y hojas de bananero. Saltamos á tierra y luego comenzaron á estallar los corchos del champaña.

Pasamos una tarde deliciosa, pareciéndonos más á una tropa de niños, que á gente seria. Carlos se aprovechó de lo muy ocupado que estaba cada cual en divertirse, para cortejar á su adorada, confiando en que no sería notada su asiduidad. Ella pareció más comunicativa que de costumbre, haciendo mil mohines cada vez que mi amigo se empeñaba en hacerla beber otra copa de champaña, ese vino pérfido, enemigo encarnizado de la virtud, y cuyos efectos son diabólicos en las mujeres. Llegó la hora del regreso con verdadera pena para todos. Nadie quería poner punto final á tan linda fiesta; pero al fin fué preciso resig-

PAGINAS DE LA MODA



Fig 1.—Traje parisiense de recepción y frock para niña.

Lecturas para las damas.

EL CIGARRO.

Habiendo recientemente prohibido la Emperatriz de Rusia, que las señoras fumen en su corte, la prensa europea ha participado de las sorpresas de las da-

mas de honor de ese palacio. Desde los tiempos más remotos la mujer en Rusia ha tenido afición al cigarro y la costumbre de fumar. Además, es un hecho que en todas las cortes de Europa el cigarro está de moda no sólo entre los hombres sino entre el bello sexo.

La princesa Thyra, hermana de la Emperatriz viuda, de Rusia, la Princesa Enriqueta de Prusia, herma-

na de la esposa de Nicolás II, la Emperatriz de Austria, la Reina Regente de España, la Condesa de París, la Reina de Portugal, la Reina de Rumania... fuman.

Se recuerda á la intrépida Reina de Nápoles, María de Wittelsbach, que tomó una parte tan activa en la defensa de Gaeta. Bien señada con el uniforme de uno de los regimientos de infantería de su es-

poso, marchaba al fuego con el cigarro en los labios. Pero es de confesarse que en Rusia sobre todo, es donde se ven hoy más mujeres de alta posición, compitiendo con los hombres en el arte de torcer cigarrillos.

Los rusos que viajan y pasan temporadas en Europa, dice Maurice Leudet, son la gente más seductora del universo. Se comprinde pues su influencia positiva sobre las costumbres francesas. Su alianza tan deseada ha producido efectos indiscutibles en las pequeñas como en las grandes cosas.

Bajo el segundo Imperio, era la influencia española la que se hacía sentir. Casi todos los señores del séquito de la Emperatriz fumaban. La soberana se permitía ese vicio, pero con gran discreción—lo que no sucedía con Napoleón III, uno de los fumadores más endiablados de la época. El Emperador y la Emperatriz tenían predilección por los cigarrillos mojados en té, y en la Corte de las Tullerías habían encontrado cierto número de imitadores. Hoy día todo se ha democratizado. Las mujeres que fuman forman la mayoría. Entre los burgueses, el cigarro se ha puesto de moda como bajo Luis XIV la larga pipa. Abraham Boss, el célebre grabador y pintor del siglo XVIII, ha representado en muchas de sus obras, mujeres fumando la pipa. En esta época era muy bien visto. Actualmente se encuentra todavía en ciertas partes de Holanda, excelentes madres de familia quienes al atender á las faenas diarias, llenan de tabaco pipas colosales.

Si bien es poco probable que renazca la moda de los tiempos de Luis XIV, el cigarro por contra ha adquirido derecho de ciudad entre las mujeres. Ya no se cita como excepcional la costumbre de George Sand, etc., etc. Y reflexionando bien, si la humanidad sólo tuviera ese vicio que reprochase, no estaría lejos del ideal de la perfección.

TABACO PERFUMADO.

The Lancet, diario inglés que se ocupa de medicina, publica un interesante artículo sobre el tabaco perfumado y sus inconvenientes.

Nuestras lectoras encontrarán en ese artículo explicadas en parte las razones por las cuales se nota en algunos de los cigarrillos y cigarrillos que fumamos un gusto más ó menos desagradable pero indudablemente no es del tabaco.

Dice *The Lancet*:

"Serías razones tenemos para creer que la agregación, en la preparación del tabaco, de productos perfumados ó aromáticos, puede ser muy perjudicial á la salud, y que este asunto merece que se le tome seriamente en consideración, teniendo en cuenta la gran cantidad de cigarrillos baratos que se venden entre los jóvenes."

Un corresponsal nos envió recientemente algunos cigarrillos anunciados como del mejor "birdseye" y cuyo precio era de 1-10 d. el 100. Como debía suponerse, teniendo en cuenta su bajo precio, estos cigarrillos eran detestables, y tenían un gusto aromático completamente distinto al tabaco.

Habiendo consultado algunos de estos libros misteriosos, aunque útiles que encierran varios miles de recetas, encontramos gran cantidad de fórmulas variadas para remediar la falta de aroma y corregir el gusto desagradable del tabaco de calidad inferior.

Para operar, hé aquí los diferentes productos indicados: raíces de iris, habas de Tonka; bayas de Ginebra, semillas de cilantro, styrax, corteza de cascarilla, raíces de angélica, flores de canela, anís de China, clavo de especia, salitre, cuasi, glicerina, raíz de régala, palo de rosa, azúcar, hojas de laurel, cerezo, hojas de nogal, naranjas verdes, extracto de limón, ámbar, vainilla, bergamota, balsamina, cardamomo, cubeba, sasafrás, raíz de caña, extracto de violeta, etc.

No es imposible que una ú otra de las substancias de esta lista verdaderamente formidable, sobre todo si el uso del tabaco es excesivo, dé nacimiento á más de una enfermedad.

Un nuevo modo de conservar la carne.

El zoologista A Fjelstrup, aconseja lo siguiente:

"Se mata el animal de modo de que el cerebro no se toque; un ayudante desprende al momento el corazón abriéndole un ventrículo para que la evacuación complete el desangre que se efectúe. Este proceder tiene por base que la descomposición de la sangre es la principal causa de la putrefacción prematura de carnes frescas. Inmediatamente después de esta operación se inyecta, con una geringa, en el sistema venoso y por el ventrículo no abierto, una disolución salina más ó menos concentrada, según el tiempo que debe conservarse la carne.

La operación dura unos cuantos minutos. Se ha practicado con gran éxito durante tres meses en un rastro danés.



Fig 2. Traje francés para paseo.

LAS NUBES Y LAS PLANTAS

Las nubes son masas de vapor acuoso que, suspendido en el aire no espera más que una oportunidad para deshacerse en benéficas lluvias ó en terribles y espantosas tempestades. En atención á su naturaleza, cuantas causas favorecen la evaporación, tantas son las que contribuyen á su génesis y por tanto, á las irrigaciones periódicas del globo terráqueo. La experiencia ha demostrado que los vegetales emiten por el follaje y por la superficie de sus tallos, en forma de vapor, la mayor parte de las aguas que han servido para su riego, y que á veces esa función es tan activa, que aún toma otra cantidad del subsuelo, la cual uniéndose á la primera, se vierte en una atmósfera reseca ó muy distante del punto de la evaporación. Tal sucede en las grandes sequías ó en aquellos lugares donde los árboles existen al parecer sin la influencia de las aguas, pero en estos casos, por efecto de las raíces profundas el líquido es absorbido de las capas terrestres inferiores y después de servir al sostenimiento del vegetal que le absorbe, se difunde en los aires, alimenta á las plantas de raíz superficial y disminuye las pérdidas acuosas que los animales experimentan por la piel y los pulmones.

Mujeres electoras.

Por la primera vez se celebró en Francia una elección de este sexo, últimamente, para nombrar una señorita que representara en el aniversario de "Michelet" la Musa. Esta debía coronar el busto del insigne autor con dos acompañantes. La idea nació en el cerebro del músico Gustavo Charpentier, quien sometió su proyecto al Honorable Ayuntamiento y esta Corporación, por un milagro singular, lo aprobó con dispensa de trámites, y lo que es más extraño, concedió fondos para su realización.

Se reunieron, pues, en el anfiteatro de la "Bolsa del Trabajo" cuantas muchachas bonitas se pudieron conocer presentándose 147, bien vestidas, encantadoras, con carácter de electoras y candidatas.

Al principiar la sesión se mostraron prudentes y hasta tímidas. Aplaudieron á Bellán, síndico del Consejo, cuando les participó cuales eran los deberes de la Musa. Se apresuraron á votar olfateando la urna en que debían depositar su voto.

El señor Montarquié antes de que se procediera á tan imponente acto, dijo á las simpáticas jóvenes, que debían haber nacido todas en París, traer de 16 á 20 años de edad, ser laboriosas y vivir con sus padres; "caso contrario, añadió, 'a que resultare electa deberá reemplazarse por aquella que después de ella haya conseguido más votos."

Todas las presentes alzaron la frente con aquello como declarando que las 147 llenaban los requisitos que se exigían.

¡A votar pues!

¡Como la mayor parte de esas señoritas no se conocían, se les suplicó se prendieran con un alfiler sobre el pecho, un pedazo de papel sobre el cual pudieran leerse los números desde el 1 al 147.

La del número 69 era encantadora, desdeluego conquistó 15 votos.

Pero al proclamar este resultado las votantes se enfurecieron y se pusieron á gritar: ¡Abajo el 69!

La pobre muchacha que llevaba ese número se mostró al principio muy altanera; después, asustada con tantos gritos se escondió y se puso á llorar.

Sin embargo, las que habían votado por ella la animaron y volviendo á tomar un aire de Emperatriz sostuvo todas las miradas.

¡Muera la calle de "La Paix" gritó una joven.— ¡Es la calle de "La Paix" es vuestra casa de comercio la que ha pagado vuestro traje!

Los señores que ocupaban la tribuna como jueces, no sabían que hacer. Ellos habían fijado sus miradas sobre una rubia encantadora, la número 41, de casto semblante.

Tan legales fueron las elecciones que la predilección del jurado no obtuvo ni un voto. Se habían formado, sin sentir, dos partidos, uno que gritaba: ¡Fuera el 69! y otro que gritaba á la izquierda: ¡Fuera el 41!

En vano el Presidente manifestó con elocuentes palabras, que se había esperado más respeto al sufragio universal.

—¡Nada tenemos que ver con eso! exclamaron las votantes, pero no queremos que sean electas ni la del vestido de malva ni la del vestido azul! En cuanto al número 112 que ha ganado algunos votos, está pintado!

Al momento la señorita número 112 pasa frenéticamente su pañuelo por sus

mejillas y lo presenta inmaculado á las calumniadoras.

Fué por fin electa Musa la señorita Ernestina Curat, con dos costureritas simpáticas por compañeras.

Habiendo llovido en el momento en que esas tres gracias debían coronar al escritor que sin duda poco conocían por sus obras, se vieron condenadas á tener la honra con que se vanaglorian muchos de nuestros diputados: Ser nombrados y no hablar."

MODO DE ECONOMIZAR LA CEBADA

Para economizar la cebada que se da como forraje á los animales, se le pone á remojar durante algunas horas en el agua. La experiencia ha demostrado que con esta costumbre se puede disminuir una tercera parte de la cantidad de cebada. A los caballos especialmente, se les gastan mucho los dientes masticando la cebada, y de allí que trituren muy mal, y que algunos por la mucha avidez con que la comen, la traguen en su mayor parte entera, esto constituye una pérdida completa para la digestión. La maceración de la cebada en el agua, durante tres horas, remedia ese inconveniente, pues el grano se hincha, se ablanda, y los animales lo mastican y lo digieren mejor.

LA EDUCACION DE LA MUJER.

Este problema ha preocupado á los grandes hombres sin haber llegado hasta hoy á una solución satisfactoria. Métodos á cual más brillantes se han puesto en práctica dejando todos ellos grandes lagunas que no se han llenado.

Balzac ha dicho "La mujer es un abismo sin fondo" y precisamente aquellos que menos puedan comprenderla son los que más se han preocupado por conocerla.

El hombre desde su infancia manifiesta su tendencia á algo determinado en la vida.

Al hombre se le compran cañones, soldados, máquinas, herramientas de diversas artes é industrias, sus juegos predilectos demuestran sus inclinaciones.

A la mujer se le compran rorras, que arruya y pretende crear, muñecas que viste, peina, adorna y hace hablar: casas que amuebla y constantemente cambia de distribución y asea.

La mujer nació para el hogar; así á la mujer se le debe dar una educación arreglada á sus inclinaciones. Se le ha querido igualar al hombre, cosa imposible, toda vez que la naturaleza les ha hecho diferentes.

La mujer, más impresionable que el hombre, puede llegar al místísimo en lo que aprenda, si no se hace con método. No por eso se debe dejar á la mujer sin instrucción, esta idea debe desecharse por absurda; pero no debe instruirse demasiado porque se arrebata al hogar un ángel para crear una *marisabidilla* que poco ó ningún provecho deja á la sociedad.

Las *marisabidillas* son á no dudar la prostitución de los hijos.

Jamás llegan á formar un hogar propiamente dicho y lo que debía ser un cielo, se convierte en un infierno.

Sobre lo anterior podrían presentarse muchos ejemplos de los que algunos novelistas han pintado con vivos colores.

A la mujer debe enseñarse aquello que pueda serle útil para brillar en sociedad, hasta cierto límite, pero con especialidad lo que pueda y deba servir para instruir, moralizar y economizar en el hogar para cuyo fin está llamada.

La exhuberancia de conocimientos puede crear la exhuberancia de faltas.

Poniendo el caso de que la mujer no forme hogar, debe enseñársele un medio de subsistir honradamente; pero adecuado a sus condiciones físicas, morales y sociales.

En la República del Norte es donde se cuentan los mayores casos de divorcio: debe buscarse la causa. Las mujeres *sabias* desdeñan los trabajos mecánicos de la casa.

En Alemania se han establecido casas de instrucción de manera que sean vistas por el público, lo que en ellas se enseñan es á coser, remendar, confeccionar los alimientos, hacer pan, etc, etc.

Y es natural, son más los pobres que se casan, que los ricos.

Conclusión: á la esposa debe instruirse para madre.

Es más fácil conquistar que comprender el corazón de las mujeres.

JUAN PABLO RICHTER.

CONTRA LAS HORMIGAS

En una de las sesiones de la sociedad Nacional de Horticultura de Francia, uno de sus miembros declaró que destruye los hormigueros, introduciendo en ellos una esponja mojada con miel, cuando la esponja está cubierta de hormigas, la saca para meterla en agua hirviendo.

Se obtienen los mismos resultados, sirviéndose en lugar de la esponja, de un cangrejo muerto, de un pescado ó de una pata de buey, que se colocan en los hormigueros y cuando entran en putrefacción atraen á las hormigas que se les aglomeran. Se quitan del hormiguero con unas pinzas esos objetos, y se llevan á un recipiente de agua hirviendo.

CONSERVACION DE LOS MELONES

Esta fruta debe comerse tan luego como esté madura, porque se conserva muy mal y pierde de un día para otro sus preciosas cualidades.

Hay dos procedimientos poco conocidos aún, por los cuales se pueden conservar esas cucurbitáceas.

Cuando se quieren guardar los melones, es necesario cortarlos antes de que estén maduros, y dejarlos enjutar unas 18 ó 24 horas; despues se les coloca en un tonel lleno de arena, ó de serrín mezclado con carbón en polvo, todo bien seco. Es necesario que el tonel no esté expuesto al frío; á la luz ni á la humedad. Por este sencillo procedimiento se pueden conservar los melones unos veinte días.

Cuando se trata de conservar los melones completamente maduros, el único medio que se puede emplear, es colocarlos en un refrigerador, donde pueden durar frescos más de un mes.



Fig. 3. Traje de foulard.

Fig. 4. Traje de casa, nuevo modelo.

Fig. 5. Traje de piqué.

Cuerpo ligeramente ablusado, con hermosas aplicaciones de blonda, cerrado á la izquierda por dos rosetones!



FIG. 4—TRAJE DE CASA. NUEVO MODELO

La falda es de tafetán negro con aplicación completa de punto de seda. bordado de grandes guías de no me olvides.
Cuerpo blusa de escocés de lana y seda, ceñido por un cinturón de raso.
Aplicación de avalario á ambos lados del frente de la blusa, muy elegante.
Jockeys avolantados y manga just'a.

FIG 5 —TRAJE DE PIQUÉ PARA MEDIA ESTACIÓN.

La falda es completamente lisa.
El cuerpo ablusado, va ceñido por un cinturón de raso negro, con elegante rosetón á la izquierda, y tiene una gran aplicación bordada en el frente.

FIG 6.—BATA Y JACQUET SMOKING PARA CABALLERO.

Es de paño asargado, figurado elegantemente el primero. Los reveses del cuello y de las mangas no llevan figura.
Elegante cordoncillo de seda orla los bordes y un gran cordón de lo mismo, ciñe la bata.
El jacquet smoking de paño pero con galones de seda obscura en forma de alamares.



Fig. 7—Ulster para niña de 13 á 14 años.

FIG. 7—ULSTER PARA NIÑA DE 13 Á 14 AÑOS.
Es de pañete dibujado de amarillo y oro y gris acero de un encantador efecto,

Fig. 6. -Bata y Jacquet smoking para caballero.

Nuestros Grabados.

FIG. 1—TRAJE PARISIENSE DE RECEPCIÓN Y FROCK PARA NIÑA

Es de gros gris acero con una profusa aplicación bordada, formando florones y guías de un exquisito exotismo, así en la falda como en el corpiño que se abre sobre una bellísima chifoné de muselina de seda blanca, rematada en un fantástico rosetón de seda.
Jocqueys sin bordado, muy sencillos.
El frock es de piqué con capelina figurada y alternados de muselina chifoneada
Un elegante cinturoncito de tul, con los mismos alternados lo ciñe graciosamente.

FIG. 2—TRAJE FRANCES PARA PASEO.

Es de foulard de seda finísima, moteado de seda floja.
Gran sobrefalda chifoneada, de sumo efecto.
Cuerpo dragón con coselete á bandas de raso negro, alternadas de chous de muselina de seda, todo sobre un fondo de la misma.
Jockey capichoso y mangas del mismo estilo que la sobrefalda.

FIG. 3—TRAJE DE FOULARD.

Azul pálido figurado con elegantes guías ligeramente realzadas.
Dos volantes en espiral, ornan la falda y otro corre por su extremidad interior en toda su longitud.



Fig. 10. Traje de otoño, con jacquet abierto ó cerrado. Delantero y espalda.



Fig 8. Frock para niña de 10 á 11 años. Fig. 9. Traje para niño de 4 á 5 años.

con dos filas de botones fantasía, y capelina de doble aleta, ligeramente plegada.

FIG. 8—FROCK PARA NIÑA DE 10 A 11 AÑOS.

Es de sarga azul obscuro, adornada con bandas de galón bordado.
Jockey cuadrado. Jockeys muy elegantes cuadrados también.
Blusita justa, plissé, ceñida por cinturón de galón.

FIG 9—TRAJE PARA NIÑO DE 4 Á 5 AÑOS.

Es de brown diagonal y consiste en una blusita larga, de cuello marineró, ceñida por un bonito cinturón y en pantaloncito ajaretado, sin ningún adorno.
Las solapas de piqué ligero, llevan bonitos galones como adorno.

FIG. 10 —TRAJE DE OTOÑO CON JACQUET ABIERTO Ó CERRADO. DELANTERO Y ESPALDA
Es de paño amarillo humo y consiste en un

jacquet de gran solapa bordada que puede ir cerrado ó abierto sobre una gran camisa de muselina de seda elegantemente chifoneada, sencillos galones de gusanillo en líneas decrecientes, ornan los lados y la espalda del jacquet y forman guías elegantísimas á los lados y cerca del remate de la falda.

FIG. 11.—FROCK PARA NIÑA DE 8 A 9 AÑOS.

Es de piqué rojo, con un jockey cuadrado, de bordado.
La falda es plana, graciosamente plissé
Mangas justas con elegantes abullonados.
Cinturón del mismo género, sin hebilla.

Modo de limpiar las telas de seda.

Para limpiar y lavar una tela de seda, de color ó blanca, y darle el lustre de nueva, se le moja, frotándola con cuidado, con claras de huevo. Se forma sobre la tela una especie de espuma, que obra sobre el tejido mejor que el jabón. Cuando la tela está limpia, se le mete en agua fría que se remueva hasta que quede limpia. Se pone á crear la tela de seda en un trapo limpio, y se le aplancha, cuando todavía está húmeda.



Fig. 11.—Frock para niña de 8 á 9 años.